

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR  
JACINTO J. CUCCARO

ADMINISTRADOR  
JUAN PROBST



## ENSAYO SOBRE EL TEATRO DE MAETERLINCK

### LA PRINCESSE MALAINE

*La Princesse Malaine*, es el más «exterior» de los dramas de Maeterlinck, aquel en que menos se vive en el mundo de las almas; y es, al mismo tiempo, el más accidentado y por tanto el más representable. Hasta recuerda, en ciertas ocasiones, la grandiosidad trágica de algunos dramas de Shakespeare: Hamlet, Macbeth, Keen Lear.

Es que *La Princesse Malaine*, precede a los otros dramas, y en él sólo se insinúan «los misterios de los destinos humanos», apenas se notan los lazos que se tienden «de lo visible a lo invisible, de lo temporal a lo eterno» como dice el autor en el *Prefacio a su Teatro*.

La noble simplicidad de los dramas posteriores está apenas esbozada. Casi hay timidez de presentar a las almas viviendo al calor de sí mismas en su excepcional profundidad. Hay menos fuerza espiritual y mayor fuerza pasional, fuerza destructiva que se empeña en dominar en el curso de la vida, mientras las almas, debilitadas, carecen de energía para elevarse hasta la región donde se vive la verdadera vida interior. intensa y buena, allí donde se comprende el valor de las otras almas.

Quizá en este primer drama temió el autor resultar incomprendible si nos mostraba en él su propia alma cargada de ensueños nacidos de su contemplación de la belleza o de escuchar las voces de la soledad y del silencio... Y por no parecerse demasiado a sí mismo prefirió alejarse del propio ascendente camino de su genialidad y seguir una ruta intermedia entre sí mismo y los que le precedieron. Y escribió así un intenso drama en que falta, sin embargo, algo del posterior Maeterlinck. Algunos momentos de sus personajes, ciertos lugares, uno que otro presentimiento doloroso que asalta a Malaine o a Hjalmar, la escena del amor de ambos en que culmina el terror de Malaine; ciertos instantes en que las almas hablan... o se callan y viven entonces y aman: todo eso es de Maeterlinck, del Maeterlinck que escribió *Pelleas et Melisande*. Pero otros personajes como la reina Ana, perversa y complicada y la Nodriza de Malaine, buena y fiel, pero maliciosa y desconfiada; y algunas escenas de gran movimiento, de *poco silencio* y grandes pasiones no se repiten en los dramas posteriores. Hasta hay transiciones bruscas de lo trágico — lo grande trágico — a lo casi grotesco — como la escena de la taberna en el acto segundo — que no encontramos después en Maeterlinck.

Entran en este drama personajes del pueblo: unos pobres, varios paisanos, un vaquero, hombres, mujeres, niños; vulgares no sólo de condición sino de alma, no aparecen allí para acentuar la acción principal, sino que realizan un paréntesis en ella. En otros dramas, el *pueblo* no aparece minuciosamente estudiado, cosa que localiza con precisión en tiempo y lugar a la escena. Aparece como multitud, casi como *cero* no movido por interés particular y bajo, sino por alto y noble desinterés: tal la «multitud» de *Interieur*, o la de *Ariadne et Barbe bleu*; tales las sirvientas de *Pelleas et Melisande*.

Hay dolor espiritual en *La Princesse Malaine*; pero no dolor de lo desconocido. La frase que hace adorable a Melisande y que la vela en misterioso encanto... «Je suis triste» no la pronuncia jamás Malaine! ¡Y casi no pronuncia esta otra palabra, misteriosa porque cada vez que se dice muestra un alma: *yo!* Es que mientras en los restantes dramas ascendemos a un mundo espiritual, mejor que el nuestro, donde no

se realizan actos, ni se pronuncian palabras inútiles y superfluas porque cada palabra y cada acto adquieren una transcendencia y tienen una sinceridad extraordinaria, en *La Princesse Malaine*, donde hay complicaciones que recuerdan las de nuestro mundo superficial y deforme, donde hay pasiones bajas que tejen dolor y miserias, sobre las pobres vidas de los hombres, no pueden las almas mostrar la absoluta sinceridad de su *yo*.

La obra de la maldad humana, que detiene a las almas en el bajo suelo, se advierte en el drama, como se advierte en *Hamlet* o en *Macbeth*.

El dolor, en los dramas posteriores procede de «leyes invisibles» e inevitables que pesan sobre el hombre; y se advierte en seguida que no es consecuencia del pecado ni se llama castigo: el dolor en aquellos dramas de Maeterlinck es iniciación o acaso ofrenda a la misteriosa vida ascendente de las almas encantadoras y profundas. Pero el dolor de *La Princesse Malaine* es fruto inmediato de la maldad: es dolor pasional, terrible, criminal: es castigo, remordimiento, debilidad, cobardía. Es que las almas no han llegado a conocerse. Quizá para adquirir la sabiduría de la vida que tiene Arkel no sea necesario ser mejor, sino conservarse tal cual se es en el instante mejor, cuando el alma se supera a sí misma, cuando se vive la vida excepcionalmente noble y excepcionalmente rara de valerosa sinceridad que los hombres ni saben ni se atreven a vivir. Tales son las almas de los personajes de Maeterlinck. Pero en *La Princesse Malaine* hasta los mejores — el príncipe Hjalmar y Malaine — son débiles — llega para ellos la muerte antes de llegar la vida — porque no tuvieron suficiente valor para vencerla.

En otro drama — *Aglavaine et Selysette* — dice Meleandro: —«Yo no sé si alguna mujer ha merecido nunca sufrir demasiado». —¿Y la reina Ana?, podríamos preguntar, ¿y la reina Ana, de *La Princesse Malaine*?

Hay otra mujer monstruosa en el teatro de Maeterlinck: aquella reina implacable, la terrible abuela de Tintagiles y de Igraine. Pero al menos, el monstruo no está oculto bajo seductora apariencia; sus víctimas se precaven, se defienden: la ogresa está allí, allí siempre, y los pobres niños saben que mo-

rirán si no la matan... ¡Pero la pobre Malaine! Ella agradece a la reina sus cuidados, ella confía en su cariño... y ni el Príncipe Hjalmar ni la Nodriz sospechan que deben defenderla.

El rey Hjalmar tampoco se parece a los otros reyes de Maerlinck—; cuán lejos está de Arkel!—pero acaso en algunos instantes tiende a parecerse a ellos. En el acto primero, por consejo de Ana, en guerra que por lo rápida y lo insensata parece un rapto de locura, devasta el país de Malaine... Obra como un pobre niño loco. Luego su locura se debilita, se debilita, y en su lucha contra la fatal influencia de Ana, aparecen dos hombres: uno que por Ana va hasta el crimen y la locura, y el otro... que *no querría* hacer todo aquello, que se sabe viejo, que siente acercársele la muerte, que siente profunda compasión de sí y profunda compasión de sus víctimas, que quisiera alejarlas... pero no puede.

Veamos esa lucha interior en una escena del tercer acto.

El rey.—¿Malaine?

Malaine.—¿Sire?

El rey.—¿Yo no os he abrazado todavía?

Malaine.—No, Sire.

El rey.—¿Puedo abrazaros esta tarde?

Malaine.—Pero, sí, Sire.

El rey.—(abrazándola). ¡Ah! ¡Malaine! ¡Malaine!

Malaine.—¿Sire? ¿Qué tenéis?

El rey.—Mis cabellos blanquean... ¡ya lo véis!

Malaine.—¿Me amáis un poco hoy?

El rey.—¡Ah! ¡Sí, Malaine!... Dame tu manita. ¡Oh! ¡oh! está cálida todavía como una llama!...

Malaine.—¿Qué hay? Pero ¿qué es lo que hay?

Ana.—Vamos, vamos. ¡La hacéis llorar!

El rey.—¿Quisiera estar muerto!

Malaine tiene quince años. El rey más de setenta. Malaine es huérfana y extranjera por culpa de Ana, por culpa del rey. Ella aconsejó; él obedeció. Y la princesa Malaine languidece por culpa de Ana, por culpa del rey que la van matando poco a poco. Ella mandó; el rey, cada vez más sumiso, obedeció...

¡Y el pobre rey ama, sin embargo, a la pequeña princesa y siente profunda compasión por ella!

El príncipe Hjalmar se presenta al principio indeciso, o quizás mortalmente hastiado de la vida. Se siente acaso demasiado rodeado del hálito malsano de Isselmonde. Ana, la bella intrusa, lo desconcierta profundamente; pero como su alma es una alma simple, no sabe, no puede defenderse. No sospecha hasta dónde aquella mujer amenaza su vida.

Es recto y leal; pero es débil. Ni siquiera intenta rebelarse cuando proceden contra él. Sus sentimientos son también tardíos o dormidos.

Pasada la guerra, y devastado el país de la princesa, Hjalmar con su amigo Angus — que recuerda al Horacio de Hamlet — recorre las ruinas. Lleva en el alma tristeza de muerte que encuadra con la desolación del lugar. Con indiferencia dolorosa—por su alma en que ya hay indiferencia—pregunta por las personas que conoció —«¿Y el rey Marcelo? ¿Murió? —¿Y la reina Godeliva? — ¿Y la Princesa Malaine?» — Y va recibiendo la invariable respuesta: —«Murió, murió, se dice que murió».

Al Príncipe Hjalmar ya no puede dolerle todo eso: ¡Hay tanto dolor en su corazón! ¡Y qué dolor!: monótono, implacable, abrumador. Igual hoy que ayer, mañana que hoy. Nada puede conmoverlo, nada puede consolarlo. Ningún interés humano puede apartarlo de él. ¡Pobre príncipe Hjalmar que ha perdido el sentido que aprecia lo que es amable en la vida!

Y en cambio ¡soporta tantas cosas que con ánimo satisfecho y seguro de sí mismo hubiese rechazado! Hasta consiente — porque Ana quiere — en casarse con la princesa Uglayne, aunque tenga una «petite âme de cuisiniere», pues ella, o cualquiera otra, lo mismo es para Hjalmar. ¡Pobre príncipe Hjalmar que ha perdido el sentido que advierte la belleza espiritual y profunda!...

Tal lo encontramos en la primera parte del drama.

La princesa Malaine en cambio — una criatura que no ha cumplido quince años — es de una firmeza admirable. Ha visto sólo una vez al príncipe Hjalmar y está resuelta a no querer en su vida, sino al príncipe Hjalmar.

No protesta de la oposición que se le hace. No pronuncia muchas — y ni siquiera lindas — palabras para decir que quiere al príncipe, pero cuando el rey Marcelo, después del escándalo provocado por Ana en los esponsales de Malaine, le pregunta: «¿Amas todavía al príncipe Hjalmar?», ella responde muy suave, pero muy firmemente: «Sí, Sire». El rey insiste y Malaine insiste. Y hasta cuando ella misma confiesa no tener esperanza, el rey pregunta esperanzado: «¿Prometes entonces olvidar al príncipe Hjalmar?». Malaine contestó resueltamente: «No, Sire». Y el rey Marcelo pierde la paciencia. Malaine, la princesita blanca como un cirio ¡y tan rubia!, guarda, allá, en el fondo de su alma, un amor hondo y sereno.

Sí, la princesa Malaine es firme y valiente. Firme y valiente en su amor hasta la audacia. No se abandona al dolor cuando ve su país desolado y a sus padres muertos; no se pone a considerar tristemente su desamparo; ni siquiera se sabe si sufre por eso. Un pensamiento la sostiene: el príncipe Hjalmar, ver al príncipe Hjalmar. Es un pensamiento dominante, pero no un pensamiento enfermizo: está en su voluntad, tanto como en su sensibilidad. Nada la desvía de su propósito: teme como un niño la obscuridad y los rumores de la selva, y por su libre voluntad, sin embargo, atraviesa de noche la selva; sabe que todo le será hostil en Isselmonde y su voluntad la lleva a Isselmonde. Quiere ver al príncipe Hjalmar, aunque el príncipe Hjalmar no la vea, aunque el príncipe Hjalmar se case con la princesa Uglayne. Y porque quiere verlo, no vacila en servir a la reina Ana y a su hija.

---

Un día Malaine prepara una entrevista con Hjalmar. Todo lo preve: engaña a Uglayne, a Ana, al mismo Hjalmar. Allí culminan la habilidad y audacia de Malaine...

Pero llega la noche oscura y extraña en que Malaine y Hjalmar vuelven a verse... Y declina la estrella que fijara camino a la princesa.

Hasta entonces Malaine es valiente y decidida. Pero desde ese instante, desde el instante en que se encuentra sola en la

noche con Hjalmar, en medio de extraños rumores y bajo los «mil ojos» que desde los árboles se clavan en ella, desde ese momento Malaine deja de ser valerosa. Un terror sobrenatural la estremece, pierde el dominio de su voluntad. Aquel ineludible destino que pesa sobre sus hermanas: Mélisande, Alladine, Selysette, la señala a ella también. Ya no procede en vista de su amor: procede, sin advertirlo, en vista de *aquello*, sobrehumano y misterioso que desde ese instante la circunda, que pone extraña palidez en su rostro e inquietud dolorosa en sus ojos...

Diríase que la noche en que Hjalmar y Malaine se reconocen ha de traerles felicidad duradera. Una ternura, encerrada muy profundamente en el corazón de Hjalmar, asciende y lo anega... Cree que empieza a amar; que empieza a amar a Uglayne...

Cree haber recobrado el sentido que aprecia lo que es amable en la vida. Cree advertir la belleza espiritual y profunda...

Pero la voz de Malaine descubriéndose, descubriendo un nombre que para todos es nombre de una muerta, suena con angustia mortal en el silencio de la noche:

—«¡Yo soy la princesa Malaine!».

Hjalmar se estremece. Malaine misma se estremece cual si nunca hubiese escuchado el sonido de su voz.

—«¡Yo soy la princesa Malaine!», repite.

Es que ese secreto es terrible secreto en Isselmonde. ¡Desdichada Malaine que se atreve a repetirlo! El viento lo lleva a oídos de la reina Ana. Malaine está perdida.

Hjalmar no comprende. Y ella repite aún, tercamente, angustiosamente, cada vez más patética, cada vez menos humana:

—«¡Yo soy la princesa Malaine!».

Un chorro de agua solloza de pronto. Los ojos que causan terror a Malaine están siempre allí, en los árboles. Sus mismas voces suenan de un modo singularmente extraño. El espanto crece por momentos y sube, sube y oprime las gargantas.

Y las palabras que debieron ser dulces palabras son palabras de temor. Y las miradas que debieron ser dulces miradas son miradas de inquietud...

Y la que hubo de ser entrevista de amor, dejó en sus almas vagos y tristes, muy tristes presentimientos...

---

Desde entonces Malainé no es ya la valerosa y muy firme princesita. Tristeza flota en su alma; y a veces real e inevitable se cierne sobre su vida. La voluntad de Malaine cede entonces y nos aparece más dulce, más débil, más indefensa.

Su dulzura es adorable: —«Mi pobre Malaine. ¡Es tan resignada!..., dice enternecido el príncipe Hjalmar».

Su debilidad es conmovedora: hasta el vacilante rey Hjalmar, hasta el pequeño Allán, los más débiles, quisieran protegerla. Diríase que todos presienten vagamente el peligro, pero lo ignoran y no saben cómo han de tenderle la mano salvadora.

---

A medida que la debilidad de Malaine aumenta, crece la audacia de la reina Ana. Una íntima fruición la arrastra al crimen. Hasta se diría que quiere a Malaine porque Malaine es su víctima. La acaricia, la adula, se preocupa por su salud, la cuida más que a sus hijos y con un interés que no se sabe si es perfecto fingir o apasionamiento terrible por su víctima...

¡Y cómo pretende llegar hasta Hjalmar!... Pero Hjalmar se estremece al contacto de su persona, al sonido de su voz, cual si sintiera un frío repugnante y mortal.

¡Y la noche del crimen! Nada tan terrible como esa noche en que hasta la naturaleza parece desobedecer a la fuerza inmutable que desde la eternidad la gobierna. Todo en esa noche parece adquirir voluntad nefasta y terrible. Ni los más ancianos vieron jamás noche como aquella.

... Y Malaine encerrada en una triste habitación, cuya ventana da al cementerio, enferma, débil, sola, asaltada por mil temores. El viento que mueve las tapicerías, los ojos de su perro Plutón que brillan en la noche, el crucifijo que se balancea, el vestido de novia que parecen animarse, todo hiela de espanto a Malaine, que cae por fin, desfavorida sobre el lecho.

La tormenta crece. Afuera, en el corredor, están el rey Hjalmar y la reina Ana. Van a entrar; pero el débil, el harto débil y dominado rey Hjalmar quiere detenerse ante la puerta de la inocencia y de la debilidad. La postrera lucha se entabla en su conciencia: quisiera salvar a Malaine, a aquella Malaine cuyo cariño, cuya suavidad, cuya bondad, lo reconcilian con la dulzura de la vida; quisiera salvarla o por lo menos huir, o estar muerto...

El rey ama la muerte que lo salvaría de Ana, que lo salvaría del crimen. Su voluntad nada puede. Ama a Ana y Ana lo domina como la serpiente al pobre pajarillo.

Un espanto no menor al de Malaine se apodera del rey. Todo le asusta, todo le remuerde. Quisiera detenerse, olvida la llave. Está ya medio loco. —«¡Oh! ¡oh!, dice. ¡Yo tendría menos miedo de la puerta del infierno! ¡Y no hay sino una niñita allí, detrás; y ella no puede!... ¡Ella no puede tener una flor en sus manos! Ella tiembla cuando tiene una pobre florecita en sus manos; y yo...».

Se levanta como un niño: hoy no, todavía no; pide desesperado.

Ana le obliga a entrar, Entran. Malaine está casi muerta de terror. Ana la acaricia, la habla. Malaine enmudece; el espanto le impide hablar. —«¿Has perdido la voz»? pregunta Ana. Malaine responde al fin. No: «¡Ah! ¡Tú vives todavía!», se le escapa a Ana, que parece decir en un suspiro de alivio: ¡vive, entonces puedo matarla!

Y con cobardía sin igual — ¡cómo se es cobarde cuando la víctima es dulce y buena, cuando sabe sufrir en resignado silencio! — habla a Malaine de su madre, le dice, que cual ella, va a acariciarla. Y es en una caricia que le pasa por el tierno cuello el cordón de seda que los dedos oprimen, oprimen,

sin compasión, sin escuchar los ruegos de la pobre princesa que se arrastra ante ella de rodillas.

Desde ese instante crecen los temores del rey, sus remordimientos aumentan hasta volverle loco. Un lirio que cae lo hace estremecer. Recoge la flor; no sabe qué hacer de ella. Vacila; sus ideas se esfuman. Se abre la ventana. Aparece el loco. Lo mata. Asoma la cabeza y siente una aliviadora impresión de frescura. «¡Llueve, llueve sobre mí! ¡Vierten agua sobre mi cabeza! ¡Quisiera estar sobre la *pelouse*! ¡Quisiera estar al aire libre! ¡Vierten agua sobre mi cabeza!».

Y agrega una frase que recuerda a Lady Macbeth: «¡Sería necesaria toda el agua del diluvio para bautizarme ahora!». Afuera, ante la puerta de Malaine, Plutón, el perro negro, se queja. Llegan la nodriza y el príncipe Hjalmar. Lllaman a Malaine. Creen que duerme. —«¡Oh, sí!, ¡profundamente!», dice desde adentro el rey.

Los temores del rey aumentan en la capilla. Sus cabellos han enblanquecido. El granizo ha herido su cabeza. Todos le miran con sorpresa y él cree ver en cada mirada una acusación.

La luz le asusta, la oscuridad también. En las tapicerías que adornan la sala cree ver alusiones a su crimen. Sufre alucinaciones. Cree por fin que alguien lo sabe todo, que han preparado todo cuanto causa su terror. —«¡Esto es abominablemente cobarde! dice. ¡Hay alguien que lo sabe todo! ¡Hay alguien que lo ha visto y que no osa decirlo!...».

---

La nodriza y el príncipe Hjalmar entran por fin en la habitación de Malaine y descubren el crimen. Acuden los habitantes del palacio. Llega también el rey conduciendo a la reina Ana. Ya no teme nada. Tiene un momento de energía. Un instante de valor ilumina la cobardía de una vida. En ese instante el rey acusa: —«¡Prefiero decirlo al fin! ¡Lo hemos hecho los dos! ¡Ella y yo!».

Allí está el manto rojo de la reina ¡sobre Malaine! Ana no puede defenderse.

Y el príncipe Hjalmar, tiene también, al concluir la tragedia, un gran gesto de energía. Venga a Malaine y a su padre matando; y muere.

Queda solo el pobre y viejo rey. Más pobre y más débil que nunca pues ha perdido la razón. Y acaso lo más triste del drama, lo más amargamente irónico es que sobreviva ese pobre viejo inconsciente. Poco después de muertos Ana y Hjalmar, habla de ellos como de cosas lejanas: «Yo los quería a los tres», dice. Y piensa en seguida en otras cosas. Y después vuelto su pensamiento a los muertos agrega: —«Yo no sé por qué me siento un poco triste hoy». Y se va, sostenido por dos seres que todo lo han sufrido, que todo lo han perdido: Angus, el amigo de Hjalmar y la nodriza de Malaine.

MERCEDES DAUS.



## La noción del tiempo

---

La noción del tiempo es una noción que parte del mundo sensorio-afectivo-emocional. Sin sensaciones ni afectos o emociones no hay noción de tiempo. Naturalmente me refiero a todas las sensaciones, inclusive las musculares, las de orientación, las sensaciones internas viscerales y funcionales y las llamadas sensaciones cenestécicas, y no, exclusivamente, a las cinco sensaciones clásicas.

Pero si la noción de tiempo parte de esas esferas, en cambio, nosotros no poseemos un órgano determinado para la apreciación del tiempo, como los poseemos para la del espacio.

Nadie es capaz de presentir el tiempo, ni aun de imaginar, por imaginación reproductora, el tiempo ya transecurrido sintiéndolo, o mejor, evocándolo, como evocamos el espacio merced a la misma aptitud. Cuando evocamos el espacio por imaginación reproductora y lo referimos al tiempo pasado, la noción que adquirimos del tiempo es siempre presente, pero no pasado. Vale decir, que evocamos el espacio antiguo, en tiempo actual y tenemos plena conciencia de la imposibilidad de *resentir* el tiempo pasado.

Cuando se rememoran los tiempos pasados, cuando se evoca la infancia, en realidad no es el tiempo el que reaparece en nuestro espíritu, sino el espacio de aquellos tiempos.

El tiempo transecurrido no se puede volver a sentir, lo que se reproducen son las emociones, los afectos, las imágenes, en el tiempo presente, pero desprovistos del tiempo pasado.

Pero si no se puede *resentir* el tiempo pasado, tampoco se puede *presentir* el futuro.

Nadie es capaz de sentir, por adelantado, la duración de la hora siguiente a la actual, o el día o semana futuras, como puede hacerse con el espacio.

Es que nosotros no poseemos órganos que nos den de inmediato la noción del tiempo, como da la vista, el tacto, el sentido muscular y el de orientación, la noción de espacio, porque no es el tiempo el que transcurre al través de nosotros, sino nosotros los que transcurrimos al través del espacio. De este transcurso al través del espacio, es de donde nace la noción del tiempo, gracias a las excitaciones externas o internas operándose en la esfera sensorio-afectivo-emocional.

No me detendré en las ideas abstractas del infinito del tiempo y de la eternidad.

El infinito del tiempo nace de la idea particular del tiempo que transcurre, es decir, de la realización de funciones de carácter consciente. Las funciones de la vida vegetativa, lo automático e inconsciente, no pueden proveer ninguna noción de tiempo. Esta idea particular del tiempo medible, es la que lleva directamente a la sucesión de tiempos futuros en número infinito o de tiempos pasados en número también infinito; el primero positivo, el segundo negativo terminarán en el infinito del tiempo que debe estar comprendido en la eternidad, constante, perenne.

Pero la eternidad, se puede reducir al infinito espacio y el infinito tiempo queda explicado, por la suma infinita de recorridos dentro del infinito espacio o sea en la eternidad misma.

Si se considera al tiempo como espacios recorridos, veremos que el tiempo empleado en recorrerlos, estará siempre dentro del infinito espacio y las nociones de pasado y de futuro se relacionan solo con nuestras funciones conscientes y que lo existente es solo el presente, porque coexisten en el espacio el pasado, el presente y el porvenir.

Si yo me propongo ir de Buenos Aires a La Plata; en el momento, Buenos Aires estará en presente y La Plata, en futuro. Durante el viaje, Buenos Aires irá quedando en un pasado cada vez mayor y La Plata en un futuro cada vez menor. Cuando llegue a La Plata, ésta estará en presente mientras esté en ella y Buenos Aires en pasado. Pero Buenos Aires y La

Plata coexisten en el mismo tiempo; la noción de pasado y de futuro se refieren a mi actuación en el espacio y no a mi actuación en el tiempo, cuya existencia depende del espacio.

Pero dejemos estas especulaciones de carácter abstracto. Ninguno mejor que Santo Tomás, ha tratado estos asuntos: ha penetrado en las ideas del infinito del tiempo y de la eternidad, de un modo tan profundo y admitamos como real al tiempo y veamos en qué forma y merced a qué mecanismo se debe la noción del tiempo que transcurre. Desde luego no todas las funciones conscientes proveen la misma noción del tiempo transcurrido tratándose de tiempos iguales, de espacios iguales y de tiempos y espacios iguales. Por lo demás para un mismo individuo, no todas las horas tienen *prácticamente* la misma duración; es decir, no todas las horas se sienten suceder con una duración igual.

También, la noción de la duración de los minutos, de los días, de las semanas, etc., depende de la edad. Ya trataremos de explicar estas diferencias.

Tornaremos al adulto:

De el mundo sensitivo-sensorio nace, por experiencias, una noción aproximada al tiempo cronométrico. En el adulto las sensaciones de la vida de relación y las cenestésicas, son las que proveen la noción más exacta del tiempo transcurrido. Sin que opere, el mundo sensorio, la noción se hace siempre oscura y vaga.

Las sensaciones internas viscerales y particularmente las algias, proveen una noción completa errónea del tiempo transcurrido por aumento o exageración. Las horas, los minutos, duran enormemente. Pregúntesele a un gotoso, por ejemplo, si le parece corta o larga una hora durante un ataque.

Las sensaciones de la vida de relación son las que proveen, he dicho, la noción más exacta del tiempo transcurrido, pero, ocurre que *la noción de duración es directamente proporcional a la intensidad de la excitación*, siempre que a la sensación, le acompañe afectividad negativa e *inversamente proporcional*, toda vez que la afectividad sea positiva. Si el excitante aumenta y es negativa la afectividad, el tiempo transcurrido parece mayor, operándose lo inverso para todo aumento del excitante con afectividad positiva.

La disminución de la intensidad de la excitación, trae como consecuencia, sean las afectividades positivas o negativas, la disminución proporcional de la duración del tiempo.

En la obtusidad sensoria, la noción de duración disminuye; en las idiotas el tiempo se pasa sin sentir y carecen de la noción de duración.

La emotividad exaltiva trae como consecuencia errores en la apreciación de la duración, por disminución. El tiempo, en esos casos, transeurre velozmente. Parece que hubiesen transcurrido, por ejemplo, horas; mientras que en la emotividad depresiva, la noción de duración aumenta considerablemente. «El que espera, desespera», se dice y si desespera es por la emoción depresiva que acompaña la espera.

En la emotividad exaltiva o depresiva, el error por disminución o aumento, es inversamente proporcional a la duración de la emoción. En las de reacción violenta y fugaz, el error es mucho mayor que en las de reacción débil prolongada.

*La intelectualidad no provee la noción de la duración del tiempo, sino la afectividad que la acompaña.*

En la labor de las aptitudes adquisitivas, cuando la afectividad es negativa, la noción de duración aumenta proporcionalmente al aumento de la afectividad y cuando es positiva es necesariamente proporcional al aumento de la afectividad. Si un sujeto, por ejemplo, estudia por obligación, a la fuerza, la noción de la duración aumenta tanto más cuanto más penoso es el estudio y disminuye en los casos que le acompañe placer y disminuye tanto más, cuanto mayor placer acompañe al estudio.

En el trabajo de las aptitudes elaborativas ocurre exactamente el mismo fenómeno. Para el periodista que debe escribir torturando su cerebro tantas líneas o columnas, el tiempo transeurre pesadamente, mientras que, para el sabio que resuelve su problema, el tiempo se le pasa sin sentir.

Los errores en la noción de duración puede sintetizarse en esta sinopsis:

Errores en la noción de duración	{ Por aumento { Por disminución	{ Sensaciones internas viscerales y algias. Sensaciones internas funcionales. (segundo grado, necesidades.) Afectividad negativa. Emotividad depresiva.
		{ Sensaciones internas funcionales, (tercer grado, deseos) Afectividad positiva. Emotividad positiva.

Pero como las sensaciones internas funcionales y las algias, son de carácter negativo lo mismo que el segundo grado de las internas funcionales y como el primer grado de las sensaciones internas funcionales es positivo, el cuadro puede reducirse mucho más, en la siguiente forma :

Errores en la noción de duración.	{	Por aumento	{ Afectividad negativa. } { Emotividad depresiva. }
		Por disminución	{ Afectividad positiva. } { Emotividad exaltiva. }

En último término, como la afectividad es un carácter constante de los procesos conscientes y la emotividad tiene como base a la afectividad, diremos que la noción de la duración del tiempo no depende del mundo sensorio, etc., etc., sino que la noción del tiempo depende de la afectividad que acompaña a todo proceso psíquico siendo menor en los casos positivos y mayor en los casos negativos; es decir, que la noción de la duración del tiempo es en todos los casos inversamente proporcional a la afectividad positiva y directamente proporcional a la negativa.

La noción del tiempo, pues, nace de uno de los caracteres de los procesos psíquicos: la afectividad; la intensidad, solo coopera en el sentido del aumento o la disminución de esa noción.

Para un sujeto la vida parece larga o corta según el mayor o menor predominio, durante su vida, de la afectividad positiva o negativa.

No se busque otro mecanismo psicológico de la noción de la duración del tiempo, porque no es una noción intelectual.

Esta noción no solo varía de un individuo a otro individuo, sino que, en el mismo sujeto, está expuesta a tantas variaciones, como fluctuaciones tenga su afectividad; por eso es por lo que el reloj, se ha convertido en un aparato imprescindible, justamente, donde se hace una vida activa, donde la afectividad positiva o negativa es intensa, y no lo es tanto en la campaña, donde la vida es de carácter más apacible y se recurre sencillamente al sol, porque un error de una hora, poco importa.

He dicho que la noción de la duración del tiempo depende de la edad. Tomaré al niño y al adulto.

Para el niño una hora, un día, una semana, duran mucho más que para el adulto.

Esto depende:

1º Que en el niño las sensaciones son más conscientes que en el adulto por encontrarse en el período de la afectividad sensitivo-sensoria. Las sollicitaciones del mundo exterior, en el adulto, pasan inadvertidas, por carecer de afectividad, o mejor dicho, por poseerla, en dosis mínimas de positiva o negativa. Mientras que en el niño las sensaciones poseen siempre una alta dosis de afectividad, de cualquier género que sean y *el tiempo no se le pasa sin sentir*.

2º Las reacciones emotivas son en el niño de carácter violento y fugaz y les acompaña siempre una afectividad honda, sean las emociones exaltivas o depresivas; mientras que, en el adulto, la emotividad ha perdido ese carácter, para hacerse de reacción lenta y constante, con lo que rebaja la afectividad positiva o negativa.

No creo necesario entrar en mayor análisis. Esto basta, me parece, para demostrar que la apreciación de la duración del tiempo, si difiere del adulto al niño se debe a la causa de la noción en uno y en otro, o sea a la afectividad.

En resumen:

Nosotros no poseemos ningún órgano especial para la apreciación del tiempo y la noción de la duración depende de la afectividad que acompañe a los procesos psíquicos, siendo la noción de duración directamente proporcional a la afectividad negativa e inversamente proporcional a la positiva.

R. SENET.



# Un ensayo de clase práctica de Anatomía en el Colegio Nacional de Buenos Aires

(Informe leído en el curso de Crítica y Práctica pedagógicas.  
Cátedra del Profesor R. Senet)

---

«Les vrais artisans de tout progrès son  
ceux que tourmente sans cesse le besoin  
du mieux: les enthousiastes et les hommes  
de foi.»

H. MARION

«Mieux vaud un esprit bien fait que bien  
plein.»

MONTAIGNE

Me inicié en las tareas docentes a que nos obliga el programa práctico de este curso, con la plena noción de la enorme carga que me echaba encima. Debo confesar que, por lo mismo, llevaba muy a pesar mío, una considerable provisión de dudas y algún poquillo de miedo... No porque me sintiese incapaz de dictar una clase, ni porque temiese a tal punto el rigor de las críticas del profesor de la materia, harto suaves y benévolas, por cierto. Sino que, como el practicante novel de cirujía, docto ya en anatómicos estudios, que cuando debe por vez primera hundir el escalpelo en carne viva, tiembla él y su mano responsable por la vida que palpita bajo ella, — también sentía yo, al iniciarme, que mis tareas eran algo más que la simple aplicación de mis estudios.

Comprendía que un buen número de jóvenes adolescentes iban a encontrarse sometidos a mi influencia directa durante cierto número de horas, breves si se quiere, con motivo de una enseñanza que apenas constituye una partícula de un plan

instructivo-educativo vasto y complejo, indudablemente. Pero, contrariamente a lo que muchos piensan, esa relatividad de la influencia de cada profesor, considerada en el conjunto de la obra educacional, no amenguaba, ni amengua, a mi juicio, el concepto de la enorme responsabilidad que se asume por el solo hecho de situarse al frente de una clase. Un instante cualquiera de la vida de un joven puede tener una influencia decisiva en su porvenir, y el que enseña, por el prestigio que lleva — que es una especie de poder sugestivo que el cargo mismo le confiere — debe ser el primero en recordarlo. Todas las enseñanzas de este curso no han hecho sino robustecer en mi espíritu esta noción de la responsabilidad de la docencia.

Debía dictar *zoología general*, materia que comprende, en los programas en vigor del 5º año del Colegio Nacional de Buenos Aires, nociones generales de anatomía y fisiología, tomando como tipo el hombre. Agregaré que me correspondió iniciar las clases con el estudio del sistema nervioso y que el programa oficial me señalaba, en ese punto, los siguientes tópicos: «Generalidades sobre el sistema nervioso — El neurón — el nervio; su estructura — Sistema nervioso cerebro-espinal — La médula espinal; su estructura y función. — Reflejos — El encéfalo — Cerebro, cerebelo y bulbo raquídeo; estructura y principales centros — Nociones sobre fisiología del sistema cerebro-espinal — Los nervios craneanos — El sistema del gran simpático — Nociones sobre su estructura y funcionamiento — Breve reseña del sistema nervioso en la serie animal».

Desde luego se me ocurrió pensar que, tratándose de un curso de zoología general, lo lógico hubiera sido comenzar por esa «breve reseña del sistema nervioso en la serie animal», para ir de lo simple a lo complejo, lo que permitiría comprender mejor una serie de particularidades propias de las especies superiores, muy difíciles de explicar sin el conocimiento previo del proceso filogenético o del ontogénico correspondiente. Pero fuerza era someterse al plan y normas del profesor titular, responsable legal del aprovechamiento de sus alumnos, aún durante el período de mi suplencia. De suerte que, siguiendo sus indicaciones, tras un «breve repaso de la estructura del sistema nervioso» debía dar comienzo al estudio del

sistema nervioso central, comenzando—eso sí—con el cerebro, en lugar de hacerlo con la médula según indicaba el programa.

Para desempeñarme apelé a todos los recursos a mi alcance. Planeé lo mejor que pude mis clases, adopté en ellas las formas y métodos más adecuados, procediendo en la medida de lo posible a ilustrarlas debidamente, para lo cual contaba con los elementos propios del Colegio, que posee un laboratorio de Historia Natural dotado de material abundante, muy seleccionado y atendido por un personal técnico compuesto de un jefe y dos ayudantes, todos muy competentes y solícitos.

Así, aparte de mis esquemas en el pizarrón, los cuadros murales y modelos plásticos, pude complementar mi enseñanza con la proyección de diapositivos esquemáticos y microfotográficos, preparados microscópicos directos y piezas anatómicas reales. Las clases eran animadas. Con el procedimiento de las recapitulaciones intercaladas en el «medio» de la lección usando de la forma interrogativa, así como los diálogos del «fin» de cada lección y los del «principio» de la siguiente, me cercioraba de que la asimilación era efectiva y en un porcentaje halagador. Las críticas leídas aquí en clase confirmarían este concepto personal y hubiera tenido motivos para estar plenamente satisfecho. No obstante, mi conformidad estaba lejos de ser tal. Es que acababa de leer el célebre informe del profesor Nelson (1) y bien que el gran educacionista no la emprendiera contra los *profesores* sino contra los *sistemas*, sus palabras me resonaban aún en los oídos como un intenso reproche.

« Para hacer desaparecer los obstáculos que se oponen a la práctica de los métodos racionales de enseñanza — dice Nelson — se impone una reforma radical en nuestra educación. Supone esta reforma el resignarnos desde luego a no hacer el arqueo de lo que el niño sabe, sino a *organizar actividades tales que el niño salga de ellas, necesariamente mejorado en sus hábitos mentales; actividades de tal modo presentadas y graduadas que el alumno no pueda menos de adquirir*

---

(1) ERNESTO NELSON. «Plan de reformas a la enseñanza secundaria, en sus fines, su organización y su función social». Buenos Aires, 1915.

*durante su ejercicio una suma considerable de informaciones.*

« Debemos dar una interpretación *cualitativa* a la educación, haciendo que la medida de ésta, sea el trabajo productivo del niño y abandonar por tanto el criterio cuantitativo al que sirve de medida el conocimiento verbal. »

Así explica el autor la antítesis de las dos formas de educación:

« Ves este lápiz y este mondadientes — le dice al niño la » escuela que funda su procedimiento en un ideal educativo. » —¿ Cuál te parece más largo? ¿ Cuál resiste mejor tus esfuerzos para quebrantarlo? ¿ Cuál encuentras más pesado? Res- » pondidas por el niño estas preguntas, previo el empleo de su » actividad, puede ya la escuela despedirlo con esta filosofía » optimista: —Muy bien, niño mío; tu juicio no te ha enga- » ñado y puedes desde hoy tener confianza en sus dictados; » tus sentidos te han guiado rectamente hacia el descubrimien- » to de la verdad. Confía en tus opiniones. La escuela te ha » dado la primera oportunidad para formularlas y los ele- » mentos para comprobar sus fundamentos. »

« La escuela que entiende que su misión es la de instruir también parece obedecer al moderno ritual objetivista; pero ¿ qué abismo en su empleo! Dice al niño: —«¿ Ves estos objetos? » Este es un lápiz y este un mondadientes. El lápiz es el más » largo y el mondadientes el menos resistente y más liviano, » cosas que podrás probar por ti mismo. Esta es mi primera » lección; recuerda lo que acabo de enseñarte, pues he de pre- » guntártelo algún día en el examen. »

« Educar para la vida — continúa el profesor Nelson — es educar el criterio, la actividad, la voluntad, que es la facultad básica de la acción social del hombre. La educación para la vida es, en suma, la educación de las facultades espirituales, la ejercitación del juicio, la oportunidad de controlar los dictados del discernimiento. Quien ha adiestrado sus músculos levantando halterios, puede usar aquéllos para desarrollar cualquier otro esfuerzo, por diferente que sea, pero que exija el funcionamiento de los mismos músculos. »

.....

« ... El que ensaya un juicio sobre problemas que él mismo debe resolver, está educándose para la vida; el que apren-

de a mirar, a distinguir lo importante y lo fundamental, desentrañándolo de lo secundario, lo accesorio y lo efímero, está educándose para la vida. Se educa para la vida el que llegando a la verdad con sus propios medios acrecienta la confianza en sus juicios; el que busca con método, el que trabaja con placer y, en suma, todo aquel que ejercita los resortes propios de su personalidad, es decir, de aquello precisamente que da a cada uno su precio real en la vida. »

Por otra parte, agrega:

« El programa de actividades exalta la dignidad del alumno al convertirlo en objeto evidente de la docencia. Rompe de una vez el bloque de la *clase* que en el sistema imperante constituye la verdadera unidad receptora de la acción docente. En la *clase* la individualidad del alumno queda necesariamente absorbida y descolorida dentro de la masa total. En este sistema, por el contrario, cada alumno se halla ante un problema que desde luego puede considerar suyo y que debe resolver por sus solas fuerzas. »

Para qué continuar... Todo el libro está así cincelado de sutiles y justos razonamientos para demostrar el anacronismo de la enseñanza estática, «cuantitativa» como él la denomina, frente a los sistemas modernos de educación dinámica por la que el educando modela sus aptitudes y ejercita sus esfuerzos.

Realmente que causa grima pensar que hoy, con todos nuestros conocimientos de pedagogía científica, la pedagogía fisiopsíquica como podría denominársela, podamos todavía estar enseñando biología — la ciencia de la vida por excelencia — en una forma esencialmente dogmática, por más metódica e ilustrada que sea, pero que no se cuida de que el alumno observe, deduzca y descubra por sí mismo.

Invariablemente, al redactar mis *planes* y *bosquejos* de clases he considerado la *observación* como la aptitud fundamental a ejercitar en ellas; pero debiendo desempeñarme de acuerdo con los métodos corrientes, confieso que siempre me pareció una ironía. ¡Cómo es posible — decía — que mis alumnos ejerciten sus facultades de observación, cuando les estoy dando el resultado de una observación anterior que ¡los pobres! apenas si tienen tiempo de comprender pues tras ella viene otra y otra más? Ejercitarán su atención, su memoria y

hasta podría agregar... su paciencia; pero ¿la observación? Estudiando la estructura del sistema nervioso, mostrábales, sirviéndome de la linterna de proyecciones, algunos preparados microscópicos obtenidos mediante el procedimiento de Ramón y Cajal. Pero me vi precisado a señalarles los elementos, contentándome con que ellos supieran reconocerlos. Pero ¿es ese un ejercicio de observación? ¿Han ejercitado por sí mismos sus juicios? De ninguna manera.

« Estos estudios habrán de hacerse — volvía a leer en Nelson — procurando que el niño trabaje por sí solo y presencie los fenómenos naturales, sirviéndose de ellos para despertar su juicio, educar su observación y *darle una oportunidad de ejercitar su iniciativa*. Para ello cada estudiante deberá estar provisto de un espécimen de cada una de las formas estudiadas, siendo esencial, por lo tanto, que se provea a los colegios de material fresco para ser usado en el aula-laboratorio. El trabajo no tiende tanto a la mera comprobación de lo que dicen los libros, sino, como lo hemos repetido, a la aplicación de la observación y el juicio del niño. En una palabra, esta disciplina constituye un alto pretexto para la educación de la mente y la formación de hábitos de observación y experimentación, sin que por eso deje de tener, por la primera vez acaso, un valor positivo del punto de vista de la posesión del conocimiento. »

Me faltaban aún cuatro clases en ese curso y debía iniciar el estudio de la anatomía del encéfalo. No vacilé más; corrí a entrevistarme con mi maestro el Vice-Director del Colegio, Prof. Juan Nielsen y le expresé mi propósito: deseaba dar, por lo menos, una clase *de actividades*, una clase práctica como las que preconizaba Nelson. ¡La idea me parecía tan hermosa! Hasta se me ocurría una falta no haber comenzado así mi curso. Pero el profesor Nielsen, con su gran experiencia en la enseñanza, me explicó e hizo ver un sinnúmero de detalles en que yo no había reparado y que él conocía perfectamente por haber, en otro tiempo, dado clases prácticas también a sus alumnos de Botánica. Me demostró la serie de inconvenientes con que debía tropezar: la escasez de tiempo, la carencia de comodidades, la falta de hábito en los alumnos y miles de circunstancias conexas que me excuso de enumerar.

A pesar de todo y luego de haber escuchado muchas y muy sanas reflexiones y advertencias del señor Vice-Director, obtuve la autorización solicitada por considerársela, en principio, muy justa y loable, aunque con algunas ligeras variantes. Para empezar, debía limitarme a realizar una clase práctica de mera comprobación, es decir, que tuviera lugar después de haberles explicado el asunto. Mediante un cuestionario-guía, los alumnos harían un repaso de las nociones enseñadas teniendo a la vista el modelo real, alternando las descripciones con dibujos.

Naturalmente que, en esa forma, la clase práctica limitárase a una tarea de «mera comprobación» lo que no era, por cierto, el *desideratum*. Pero era sí, un buen paso ganado y me puse con todo entusiasmo a la tarea. Había alcanzado a explicar únicamente *cerebro* y *cerebelo* cuando llegó la fecha de mi última clase en ese curso y debí aprovecharla. Veamos cómo lo hice.

El aula «Jaime R. Costa» es un salón común del Colegio (destinado otrora a clases prácticas de biología que, por diversas razones, no pudieron continuarse) de 12m. x 7m., iluminado lateralmente por dos ventanas no muy grandes, dando paso a una cantidad de luz que, sin ser pobre, resulta deficiente para aula-laboratorio, más por su viciosa dirección que por su intensidad. El aula mencionada (1) se halla provista de mesitas de hierro, pintadas de blanco, tan vistosas como incómodas, debido a que tienen en la parte inferior, a unos 50 centímetros del suelo, un estante que abarca la misma extensión superficial que la plancha superior, lo que equivale a decir que es imposible sentarse de frente sin desviar las piernas hacia un costado, en una posición hartamente molesta como puede comprenderse fácilmente. Los asientos son banquitos blancos del mismo material que las mesas.

Al comenzar la clase, en cada mesa se hallaba una cubeta con dos encéfalos de oveja, ligeramente endurecidos en una solución de formol al 10 % y lavados después a gran agua, a fin de evitar las molestias de los vapores formolados, tan

---

(1) Pertenecía al viejo local del Colegio que, en el momento de imprimirse el presente trabajo, ha sido sustituido por el suntuoso edificio inaugurado recientemente.

irritantes para la vista. Un bisturí, un repasador y una hoja de papel, completaban los elementos de trabajo de cada alumno, disponiendo de un encéfalo para cada dos, por lo menos. En la pizarra se hallaba el formulario-guía que, por falta de espacio, debió resumirse así:

#### OBSERVACIÓN Y DESCRIPCIÓN DE UN ENCÉFALO DE OVEJA

« 1) Forma; 2) Aspecto; 3) ¿Observa adherencias en la superficie?: Describalas; 4) Divisiones; 5) Dibuje su contorno visto lateralmente; 6) Después de efectuar un corte longitudinal, ¿qué observa en su parte interna?; 7) Dibuje lo que ve y si conoce el nombre de algún elemento, escríballo; 8) Reuna las dos mitades, observe y dibuje lo que vea en la cara inferior. »

Los alumnos fueron advertidos de que debían limitarse a consignar lo que vieren en la pieza anatómica y no perder tiempo en florcos literarios, sino hacer las anotaciones en forma concisa. Se les dijo, igualmente, que la anotación de los nombres tenía para el caso un valor secundario, siendo lo importante que describieran con fidelidad lo que observarían. Finalmente y con objeto de darle un carácter de mayor seriedad al acto, se les previno que los trabajos serían calificados como si se tratara de un examen.

La clase se inició así, dentro del orden más perfecto, sin que en ningún momento sufriera la más leve alteración, detalle no despreciable si se considera las circunstancias especiales en que se desarrollaba la clase, toda una novedad para los alumnos que, en número de 33, trabajaban sin más vigilancia que la del profesor-practicante que suscribe. Este recorría las mesas respondiendo consultas, aclarando dudas, orientando en la tarea a los jóvenes que, por vez primera, según lo manifestaron, recibían una lección práctica.

El formulario-guía que se les había dado era un tanto deficiente, lo reconozco. Pero su deficiencia era suplida con mi palabra y sus lagunas se hallaban compensadas con el margen de iniciativa que abría a los noveles investigadores.

Observé desde el primer momento la desorientación que á este respecto se encontraban.

Habitados a responder siempre nada más que nociones aprendidas del libro o del maestro, les parecía inverosímil que pudiera aceptárseles algo original, producto de su propio juicio, al que ni siquiera apelaban, tan en desuso lo tenían y lo tienen, por lo visto, los alumnos de nuestros colegios nacionales. No conciben, en general, que pueda tener valor cotizabile frente al profesor lo que éste no dijo en clase o lo que no comentan las obras de texto. Del punto de vista intelectual se hallan reducidos a un verdadero parasitismo ideológico; el hábito los ha reducido a ejercitar sus actividades mentales del punto de vista mnemónico, pero si se les incita a razonar, se hallan perdidos, cual un sujeto normal, mantenido durante largos años sentado en una silla de ruedas y que de pronto se viera precisado a caminar... no saben hacer uso de sus propias piernas.

No obstante, pude constatar algunos pequeños detalles que me llenaron de satisfacción, pues que revelaban un germen de iniciativa. En el formulario se les recomendaba practicar solo un corte longitudinal del encéfalo, a pesar de lo cual, en la mayoría de las mesas seccionaron uno solo de los encéfalos en dicha forma, practicando en el otro un corte transverso, con el objeto — me decían — de «aprovecharlos mejor». Además, se les dirigía una pregunta sobre algo que no se les había explicado. En efecto, no había mencionado a las meningeas en mis explicaciones anteriores y en la anotación número 2 del formulario, se leía: «¿Observa usted adherencias en su superficie? Descríbalas».

Los que poseían ejemplares donde las envolturas se hallaban íntegras y fuertemente adheridas, manifestaban no comprender la pregunta; no veían nada, indudablemente. Fué necesario guiarles, demostrarles que no habían efectuado una observación atenta, indicándoles la manera de hacerla. Estos, ya orientados, así como los que en este punto se desarrollaron sin mi intervención, respondieron a la pregunta en forma bastante satisfactoria, lo que es digno de notar, dado que se trataba de la única respuesta en que podía apreciarse la labor personal de observación, con exclusión de todo dato mnemó-

nico. «Se ve — escribe uno de ellos — una especie de telita transparente, con unas arborizaciones de color marrón». Otro consigna: «... está muy adherida; la he querido sacar y solo he podido hacerlo por pequeños trozos».

Esto revela el esfuerzo individual; vale más, a mi entender, este dato arrancado, por decirlo así, al juicio del alumno por sus propios cabales, que todos aquellos en que me demuestran que han comprendido perfectamente mis explicaciones. Y no hay duda de que el hecho tiene un valor infinitamente superior del punto de vista educativo.

Los escasos cuarenta y cinco minutos de la clase transcurrieron, pues, con una velocidad no sospechada por los alumnos que, unánimemente, lamentaban que hubiese terminado *la hora*; fácilmente se hubieran quedado otra más. No es extraño esto, después de haber visto el regocijo, la intensa satisfacción con que, inclinados sobre las incómodas mesas, iban constatando las explicaciones, viendo y palpando por sí mismos cuanto se les había descrito. Varios me pidieron permiso para llevarse consigo los trozos de encéfalo y, en distintas formas, al despedirme — pues se trataba de mi última clase en dicho curso — me expresaron la satisfacción que les había procurado la clase práctica. Por cierto que para comprender aquella satisfacción bastaba haberlos visto trabajar en forma tan entusiasta, completamente absortos en su tarea, sin tiempo ni lugar para pensar en ningún otro género de amenidades. En este sentido, declaro que mis optimismos no habían llegado nunca tan lejos.

He leído después los trabajos escritos. No son ellos, ni con mucho, un reflejo fiel de la clase. Fuera de las observaciones personales ya mencionadas, y de los dibujos esquemáticos bastante groseros (revelando su torpeza la falta de costumbre), no han podido despojarse, en general, del hábito inveterado de la *composición*, rica en abundante fraseología *de relleno*, no por ello menos reñida con las cuatro partes fundamentales de la gramática. Revelan, en cambio, un aprovechamiento muy completo de los conocimientos enseñados en las clases anteriores.

Al revisar dichos trabajos, comencé por corregir los errores gramaticales (que, dicho sea de paso, su abundancia y gravedad en escritos de alumnos del 5º año de estudios se-

cundarios, merecería la pena de detener a las autoridades en la investigación de sus causas); luego los propios del tópico, colocando al dorso las observaciones pertinentes. Por último y considerando que la tarea del profesor no debe limitarse al punto exclusivo de su asignatura, agregué a las observaciones mencionadas, otras de carácter general relacionadas con defectos o méritos observados en el escrito del alumno. Los trabajos corregidos y calificados, les fueron devueltos a sus autores.

Se desprende de lo expuesto, que mi clase práctica ha distado mucho de lo que en realidad debían ser esos cursos de actividades. Pero el ensayo realizado es una demostración más de sus positivas ventajas, así como queda probada la posibilidad de realizarlos, aún frente a las circunstancias menos propicias, entre las que podría consignarse, en este caso, la notoria inexperiencia del maestro.

OSMÁN MOYANO.

Octubre de 1917.



## FATAL

---

Aunque el desdén de tu mirar pregona  
la insensatez de la locura mía;  
insensatez, que en mi sentir, abona  
la propia excelsitud de la osadía;

Silenciando más hondos paroxismos  
y en temperante sed de bienandanza,  
mi corazón, ignaro de estoicismos  
pero que aún alienta una esperanza,

Vuelve otra vez, como onda que en la arena  
desmaya su poder en blanca espuma,  
a ritmar en canción la amante pena  
que tu invencible desamor abruma.

Pero también, como la onda luego  
puede ser ola que la playa azote,  
en golpe airado trocará su ruego  
tan pronto en ella el desengaño brote.

¡Sé, pues, ribera a mi extensión propicia,  
que cabe, en rebelión contra la suerte,  
dictamine mi olímpica injusticia  
que seas para mí o de la muerte!

FRANCISCO VILLAFLORES

## Crónicas de la Facultad

---

### EL ANFITEATRO

Entro en el anfiteatro. El mostrador de botiglieria italiana que hay al frente me causa asombro. ¡Semejante mostrador en un anfiteatro!

Sobre él hay un libro misterioso que Nicolás acaba de traer. Es el que recoge las firmas y los desahogos de los estudiantes. Hay individuos que adoptan posturas de jueces de paz y hacen con movimientos amplios y extendidos una firma más amplia y más extendida; otros, tímidos, hacen una firmita de un milímetro de alto por un centímetro de largo. Las muchachas firman despreocupadas, hablando fuerte con todas las que están ya sentadas. Pero antes leen todos los nombres estampados. Algunas, nerviosas, echan borrones.

Llega el profesor. Se quita el sombrero que cuidadosamente coloca encima del mostrador. Abre el diario y con filosófica paciencia espera que todos terminen de firmar.

Yo me siento. Da la casualidad que me he sentado al lado de la escalera de la entrada posterior. ¡Qué suplicio! A semejanza de los ratones que disparan cuando sienten ruido y después asoman medrosos las cabecitas, así asoman por aquella escalera las narices y los lentes de los estudiantes. Porque un estudiante que se respete usa gafas quevedescas.

Asoma primero la puntita de la nariz, después las gafas, luego los brazos y finalmente todo el estudiante. Mientras se cumple este proceso, o esta entrada por entregas, el profesor adopta la actitud del dueño de la botigliería. Da tentación de pedirle un vaso de fuerte vino italiano.

Las muchachas se revuelven, inquietas, en las sillas. Los estudiantes están muy quietitos.

De pronto todos se dan vuelta. ¿Qué hay? Nada. Un ratoncito se ha caído de la bendita escalera.

Y sigue la clase.

## EL EVANGELISTA DE LA SALA 1

Nosotros somos unos pobres estudiantes. Por nuestros cerebros ha pasado, fugaz, una ráfaga de estudio y de pronto nos hemos encontrado en el aula 1. Nos hemos instalado, tras largo y acrobático peregrinar, en un reclinatorio lateral. Somos, quizás, un poquito imaginativos, pero despojándonos de esa cualidad hemos visto llegar de a dos, de a tres, hombres y mujeres de cara compungida que se instalan en reclinatorios iguales a los nuestros y juntas las manos como para rezar. La sala está llena, la atmósfera pesada. El oficiante, mejor dicho, el evangelista que nos va a traer la palabra de los libros santos hace irrupción por el costado. (Por el costado fué lanceado Jesús.)

Se llama Nirenstein y es alto, grueso, con anteojos y dos rosetones colorados en las mejillas tersas.

Se instala en la silla que le está reservada en un nicho alto y angosto, donde no le pueden turbar los murmullos del rebaño. Somos nosotros el rebaño.

Y empieza el oficio. Nos relata la historia de pueblos antiguos, habla un poco de España y con exaltación digna de un pastor evangelista como él, se sale del nicho y gesticula; que en el nicho no hubiera podido hacerlo. Luego, gravemente, se va por donde vino.

Nosotros, tras de otras pruebas acrobáticas tan peligrosas como las primeras, hemos llegado a la puerta del templo.

¡Bienaventurados los que han ido al aula 1, porque ellos han oído la palabra redentora del Dr. Nirenstein!

## SOBRESALTOS ACÚSTICOS

Nosotros somos unos pobres estudiantes muy amigos de la paz y daríamos lo que no tenemos (cosa muy fácil, por otra parte) por un diario minuto de tranquilidad.

En la Facultad de Filosofía y Letras, nos dijimos, debe reinar un silencio reconfortante, a lo sumo turbado por discusiones de estudiantes, chismes de mujeres, pero nada más.

Y nos vinimos en busca del ambiente callado y grato para disfrutar de esa tranquilidad tan deseada.

¡Vano empeño! Escuchando una clase, ruidos que semejan los gritos salvajes de los pieles rojas o evocan las hordas de Atila nos dicen, graciosamente, que la clase ha terminado. Salimos de las aulas con los nervios excitados por campanilleos incesantes y brutalmente sonoros.

Descansamos en el patio. Caireles agitados por huracanes desenfrenados, por pamperos desencadenados y horrendos como jamás han soplado, indican, suavemente, que el decano, o el secretario o cualquiera llaman al portero. Este sube en un ascensor desconcertante y baja por la escalera representando un cuerpo de caballería y otro de artillería concertados para pasar, a toda velocidad, por un puente de madera.

De pronto un cascabeleo terrible y prolongado nos hace saber que otra persona, tal vez con más autoridad que la anterior, a juzgar por el ruido, llama también al portero. Este tiene que bajar ahora por el ascensor y aprieta furiosamente el botón. El ascensor rechina y el sonido de algún timbre, largo, insinuante, finito, se nos mete en el oído y nos hace salir disparando de aquella bendita Facultad.

ROBERTO SMITH.

# Historia de la Filosofía

---

(Continuación.-Ver núm. anterior)

## 3) SOCRATES

*Sócrates* (471-399? a. Cr.) no se puede considerar sino en relación con los filósofos anteriores y posteriores a él. La historia de la filosofía no es la de los filósofos. Cada filósofo recoge la obra donde la dejó el antecesor y luego la continúa otro.

El movimiento de los sofistas era negativo; no creaba nada, sólo criticaban. El mérito de Sócrates consiste en haber sido el hombre que salvó de esta crisis a la filosofía, tratando de hallar un criterio de la verdad y una norma ética. Aparentemente era un sofista: se reunía con los jóvenes y discutía con ellos; pero nunca salió de Atenas, ni usó su enseñanza como medio económico. Aristófanes, para satirizar a los sofistas, eligió como tipo a Sócrates; pero a la verdad, Sócrates era el peor enemigo de ellos y la finalidad de todas sus discusiones era criticarlos. Los pre-socráticos habían sido racionalistas sin haberse dado cuenta de los fundamentos lógicos que habían dado a sus conclusiones. Para Sócrates la medida de las cosas es el criterio humano, pero no el individual, sino el general. Hay pues que explorar este criterio humano. Sócrates no dejó escritas sus doctrinas; las conocemos por sus discípulos. Sobre todo Platón nos las presenta en sus diálogos; en ellos el maestro se finge ignorante (ironía socrática) y pregunta hasta que consigue la enunciación de una idea en que todos coinciden. Esta es la verdad. Su método es inductivo: recoge opiniones

aisladas de las cuales se sacan opiniones generales. Por eso Platón y Aristóteles afirman que la verdad está en los conceptos generales; lo singular carece de valor.

Sin embargo el propósito de Sócrates no era hallar el criterio de la verdad. El método dialéctico debía servir solamente para hallar las normas éticas. Sus conclusiones éticas estaban en abierta oposición con las costumbres griegas. En un cierto sentido se parecen a las cristianas: subordinan el egoísmo al amor hacia el prójimo. El mismo con su vida dió un ejemplo de lo que consideraba moral. Toda virtud la hacía derivar del saber con carácter de necesidad. Como sus doctrinas debían encontrarse por medios lógicos, creía que la moral se podía enseñar. «Nadie se propone hacer el mal»; el que obra mal, cree que hace un bien; si se le pudiera demostrar que hace mal, dejaría de cometerlo. Es la primera vez que se busca una solución al problema moral. Esta tendencia de una ética racionalista, donde el problema ético y el lógico se confunden, predominó durante mucho tiempo en Grecia, pero fracasó porque la ética no puede inculcarse de una manera intelectual; influyen tendencias hereditarias, sociales, etc., depende no sólo de la educación, sino también de la voluntad, inclinación, etc.

La obra de Sócrates es importantísima. Habiendo dado una solución a dos problemas, sirve de base a la lógica y a la ética posteriores. Sus ideas prevalecieron en la teoría y los estoicos las recogieron.

El hecho de la condenación de Sócrates se explica por el mismo error que confundió a Aristófanes. En la guerra del Peloponeso Atenas había sido vencida y Esparta le impuso el gobierno de los treinta tiranos. Reaccionó contra ellos el pueblo y los expulsó. Trasíbulo y otros se dispusieron a restituir las antiguas instituciones acaeciendo las desgracias de la república al abandono de aquellas. Los culpables eran los que habían desalojado a los dioses y propagado doctrinas nuevas, los sofistas, aunque en realidad ellos no hacían más que sintetizar las ideas de la muchedumbre. El sofista que estaba más a mano era Sócrates y pagó así por sus más encarnizados enemigos. Se le inculcó también de haber estado ligado a los oligárquicos. La verdad es que Sócrates buscaba la amistad de los

más instruídos y nobles; lo que eran aquéllos. Era antidemocrático y decía que debía gobernar el más capaz; y el más capaz era el más sabio. En Atenas, donde se elegía el gobierno por voto popular, sucedía lo contrario.

Los discípulos de Sócrates abandonaron Atenas y fundaron escuelas en otros lugares, ocupándose del problema lógico y ético.

De los llamados «*Socráticos unilaterales*» dedicaron, *Euclides de Megara* y *Fedón de Elis*, atención preferente al primer problema *Antístenes*, el fundador de la escuela cínica y *Arístippo*, el de la cirenaica al segundo.

La escuela *cínica* y la *cirenaica* llegaron a conclusiones opuestas. El objeto de la ética era buscar la dicha; pero ésta, ¿en qué consiste? Allí radicaba el desacuerdo: La escuela cirenaica o edonista sostenía que la felicidad estaba en una vida holgada, sin dolor; que era propio del sabio gozar el placer, sin dejarse dominar por él. La cínica en cambio creyó que todo lo que tenía atingencia con el mundo era fuente de dolor; restringir las necesidades al mínimo era acercarse a la dicha. La virtud es el único bien. Diógenes representa la exageración de esta escuela. Sócrates se había inclinado a una moral parecida, pero sin caer en la exageración. De las dos escuelas la una afirma, la otra niega la vida, la cirenaica nos presenta una ética *afirmativa*, la cínica una *negativa*. El espíritu griego pagano afirmaba la vida; pero al darse así rienda suelta al egoísmo humano, cundió la corrupción, provocando una reacción: La teoría de Sócrates y la de los cínicos que negaban la vida. Por su ética negativa son precursores de Cristo.

#### 4) PLATON

Las diversas partes del espíritu socrático y los elementos viables de las doctrinas anteriores unió en una vasta síntesis el sistema platónico.

Los pre-socráticos trataron de resolver el problema ontológico; eran físicos. Para Sócrates este problema desaparece; lo importante es el hombre. «¡Conócete a ti mismo!» es su lema y los problemas que predominan son el lógico y el ético. Ci-

cerón dijo bien que Sócrates había llevado la filosofía del cielo a la tierra, que había traído la filosofía práctica. Pero sin embargo su filosofía no era anti-metafísica. Lo vemos en el más grande de sus discípulos, Platón, que se separa de los físicos y del mundo sensible para concentrarse en el estudio de la vida psíquica.

Los sofistas dicen que no existe la verdad; Sócrates la encuentra en los conceptos generales, pero no desarrolla esta tendencia de su filosofía; se impuso recién más tarde con Platón. Las «*Ideas Platónicas*» se basan en que la verdad está en los conceptos generales y no en los particulares. Heráclito dice que todo fluye, los Eliatas dicen que lo que existe es el ser y no el movimiento. La posición platónica trata de sintetizarlas: dice que el mundo sensible está sujeto al devenir, pero debe existir algo constante, porque sino no habría ciencia. La realidad está en el mundo inteligible y la conocemos por los conceptos generales a los cuales corresponde una realidad. Esas son las «*Ideas Platónicas*». Si supongo que a la imagen de un banco, por ejemplo, corresponde una realidad, tengo una entidad sensible. Si formo un concepto del amor o del bien y creo que corresponde una entidad inteligible, es una «*Idea Platónica*».

A cada concepto general corresponde una idea; de modo que llegaríamos a un sistema pluralista. Pero para Platón se subordinan los conceptos unos a otros según su amplitud, pudiéndose llegar a un concepto que los comprende a todos: una jerarquía de conceptos subordinados y coordinados. ¿Cuál es el concepto universal? Formándolo por abstracción llegamos lógicamente a dos conceptos: el *ser* y el *no-ser*. El ser reside en el mundo inteligible; el mundo sensible es el no-ser, la materia.

El sistema platónico es particular. En toda su filosofía persigue el ideal ético. La base de su filosofía no tiene más objeto que buscar el bien absoluto. De ahí proviene que su idea culminante no es el ser, sino el bien, superior al ser. Esto es un anticipo del cristianismo que ve en Dios la bondad infinita. Tenemos el mundo de las ideas y el sensible. ¿Cómo se relacionan? Platón quiere llegar al monismo, pero no puede salir del dualismo. Dice que el mundo sensible no existe, es

el no-ser; sólo existe en nuestro espíritu. Queriendo armonizar la existencia de los dos mundos, dice: Las cosas tienen existencia sensible en cuanto participan de las ideas. Las ideas son lo real; el arquetipo de la existencia. El mundo de las ideas se manifiesta en lo sensible, imperfecto. Queda el dualismo como problema no resuelto.

¿Qué hace el hombre en el mundo sensible? Participa de lo real en cuanto participa de la idea «hombre». Su alma proviene y está vinculada al mundo inteligible y ha preexistido antes de su encarnación; está encarcelada por una culpa. He allí una idea cristiana del alma. Para retornar a la vida inteligible debe redimirse por una vida de virtud. La vida es el mal, el no-ser. Platón también se ocupa de la belleza como idea existente y dice que el amor está inspirado por la belleza. Lo importante es su afirmación de que el hombre no aprende nada en el mundo sensible, sino que recuerda lo que sabía antes (ideas ingénitas).

La trinidad cristiana es el desarrollo de la Idea Platónica: Bondad, Saber y Equidad reunidos en una persona, Dios.

La importancia de Platón se evidencia por el hecho de que no existe un sólo sistema filosófico que prescinda de él. Los escolásticos llamaron a las Ideas Platónicas «entes de razón», entes conocidos por la razón. En la filosofía moderna el racionalismo construye entes de razón con otro nombre y lo mismo hace el empirismo: Energía, éter, etc., son entes de razón.

Como el espíritu humano no se conformará nunca con lo que le puede dar la investigación empírica, quedará siempre la filosofía platónica como la primera y más sublime tentativa de elevar al espíritu en alas de una creación poética más allá de los límites de nuestros conocimientos que no nos pueden satisfacer. Pero, no se debe olvidar jamás que no se trata de un conocimiento, sino de una poesía, aunque esta poesía debía representar quizás simbólicamente la verdadera esencia de todas las cosas cuya comprensión directa es vedada a nuestro entendimiento.

## 5) ARISTOTELES

Aristóteles que fué discípulo de Platón lo trataremos en lo que se distingue de su maestro. Su obra es una polémica contra Platón. Le reprocha que sus ideas arquetipos se encuentran desvinculadas del mundo sensible y no explican el devenir físico. Platón no salvó el dualismo del mundo del ser y del no-ser. Aristóteles quiere salvar esta dificultad y así, mientras que el mundo de las ideas platónicas era transcendente, él quiere hacerlas inmanentes. Lo que Platón llama *ideas*, lo llama Aristóteles *formas*. La forma es el principio que da realidad a lo existente. Son las ideas, con la diferencia de que la forma está unida a la materia que es un complejo que contiene la posibilidad de todas las formas, pero no las reviste. Aristóteles, para salvar el dualismo, inventa, pues, dos principios que constituyen una unidad. La materia es indeterminada, como lo dijo ya Anaximandros, es «τὸ ἀπείρων». Pudiéramos concebirla en su estado primario: sería el estado informe. La materia contiene en potencia la forma; ella es lo potencial, la forma la actualiza. Aristóteles dice que, según predomina la materia o la forma, tenemos una escala desde la materia informe hasta la forma pura. Estos conceptos se vinculan con los de causa, una *eficiente* y una *final*. La causa eficiente de lo existente es la que ha dado impulso a todo, pero que no ha recibido ningún impulso; ha movido el mundo, pero no ha sido movida: esta es la forma suprema, lo que llamamos Dios. De él desciende la forma hasta la materia. Para Platón el mundo sensible era pura apariencia, para Aristóteles tiene existencia real en cuanto tiene forma, pero la materia sin forma es sólo potencial, es sólo la posibilidad.

Las concordancias entre Platón y Aristóteles son sin embargo muchas. Los dos parten de un mismo punto: Que la verdad está en los conceptos generales. Del sistema de Aristóteles se desprenden consecuencias distintas; adolece del defecto de ser poco claro. Por eso hubo interminables controversias

sobre la interpretación de su teoría. En la Edad Media se aducía el argumento de la autoridad del filósofo: «Magister dixit». La discusión se entabló sobre si dijo o no ésto o aquello. De ahí escuelas distintas que se perdían en sutilezas. Todavía no sabemos lo que pensó él. Allí está por ejemplo, la cuestión sobre el alma humana. Platón la resolvió así: Como hombre pertenece al mundo físico, como alma al mundo de las ideas. Para Aristóteles el alma es la forma que actualiza al hombre. Cuando la materia desaparece, ¿qué se hace del alma? La unión de la materia y la forma no se disuelve, se cambia, se transforma. El alma no tendría existencia propia, individual, se incorpora a la forma absoluta o se combina otra vez. Tendríamos aquí una tendencia al panteísmo, tomada por los árabes. Los escolásticos no entendieron eso. Aristóteles aceptaba varias almas. Distinguía el *νοῦς παθητικός* (pasivo, que recibe la forma) y *νοῦς ποιητικός* (activo, que da la forma). Sobre ésto se entabló la discusión. ¿Se conserva o no la personalidad? Materia y energía se disocian con la muerte. Esta energía no se pierde, se incorpora al cosmos, es inmortal. Lo mismo podemos decir de la materia. Pero la discusión aristotélica no estaba en ésto, sino en la individualidad. La interpretación es una sutileza sin solución.

Aristóteles es también el fundador de la lógica formal a base del silogismo. No es el creador, pero la sistematiza. Su lógica es racionalista. Aristóteles era naturalista y conocía el método inductivo. Sin embargo su obra es deductiva, racional. La filosofía griega se parece a la francesa que también es racionalista. Acepta los datos experimentales, pero cuando llega a conclusiones generales las hace a base de una lógica racionalista. La fe en el silogismo ha prevalecido durante mucho tiempo, durante toda a Edad Media. Falla este sistema porque su valor depende de la premisa principal y allí se detiene; lo importante para nosotros es llegar a premisas exactas.

Finalmente tiene Aristóteles gran interés con respecto a las cuestiones políticas. También Platón se interesaba por ellas en «La República» y en «Las Leyes». La diferencia entre las ideas de Platón y Aristóteles se ve aún aquí. Platón se aleja de la realidad; Aristóteles en cambio llega a cuestiones

que nunca son utópicas. Reune y colecciona datos de pueblos distintos en cuanto al gobierno; no se limita sólo a las constituciones griegas; toma también pueblos bárbaros. Su división se conserva hasta hoy-día: Monarquía, aristocracia y democracia, con sus respectivas perversiones: Tiranía, oligarquía y demagogía.

Abarcó, pues, toda la ciencia y en la Edad Media era la fuente de consulta en todo sentido. Por ejemplo: Fray Bartolomé de Las Casas combatía la esclavitud de los indios; en un libro expone sus teorías sobre la esclavitud y no se anima a separarse de Aristóteles. Este hablaba del esclavo nato: el esclavo es el bárbaro, el libre es el griego. Fray Bartolomé con esta base debía llegar a una conclusión contraria a la que perseguía. Sutilizando trata de distinguir, empero, los esclavos natos; los divide en cuatro clases distintas, etc. Prefiere forzar la conclusión de Aristóteles antes de desecharla.

La influencia de Aristóteles ha sido, como se ve, inmensa y toda la evolución posterior se basa en Platón y Aristóteles. La influencia de Platón se conservó al principio en la Academia Platónica; después fué ésta el refugio del *escepticismo* que, sostenido ya por Pyrrhón de Elis, llegaba con Carneades a una teoría de la probabilidad, negando la posibilidad de todo saber, y del *eclecticismo*, hasta que resurgió el platonismo con el neo-platonismo; pero entonces su centro ya no fué Atenas, sino Alejandría.

Aristóteles fundó el Liceo o escuela peripatética que no tuvo, empero, tanta importancia.

## 6) LAS ESCUELAS ESTOICA Y EPICUREA

En Atenas surgían a más de estas dos escuelas, la platónica y la peripatética, fundadas por Platón y Aristóteles, respectivamente, después otras dos, la *estoica* y la *epicúrea*. Su influencia ha sido grande en el mundo griego-romano. Los romanos prefirieron, en general, la estoica. Estas escuelas tenían sobre todo en vista la ética, aunque eran sistemas completos: trataron también el problema ontológico y el lógico.

Los estoicos y los epicúreos tienen una ontología y también una ética y lógica distintas, pero ambos son materialistas. Los primeros consideran lo existente como algo corpóreo; pero al mismo tiempo aceptan que el universo está regido por una razón ( *logos* ) universal. La materia es la manifestación pasiva de lo existente, en el *logos* se manifiesta la energía, la actividad. Pero dentro de un monismo, esta teoría es panteísta, la naturaleza se confunde con Dios. Establece el determinismo absoluto; todo lo que ocurre es forzoso. El determinismo persiste hasta hoy, pero la interpretación ética varía. Siempre se ha intentado deducir una actitud ética. Los estoicos deducían: Si todo es fatal, nada debe afectarnos (impasibilidad); debemos tratar de desvincularnos del mundo; eran apáticos. Esta apatía, falta de afección y de interés, debía estar unido al dominio de sí mismo. Nació la idea de que lo único que importa es mantener su integridad, su virtud. Lo demás es indiferente. Vemos entre los grandes estoicos a Epicteto, un esclavo que se sentía libre porque sus miserias no afectaban su integridad moral y al emperador Marco Aurelio que vivió ajeno a todo, sólo para cumplir su deber. La difusión de esta doctrina en Roma era importante. Envolvía una crítica del estado de cosas existente que llevaba evidentemente a la decadencia. El estoico se apartaba de la realidad y preparaba los espíritus para el desarrollo posterior del cristianismo. No llegaron al ascetismo, pero lo cimentaron. Séneca coincide en sus ideas filosóficas casi completamente con la doctrina cristiana.

El *epicureísmo* es aparentemente contrario a la Stoa. Conserva su orientación materialista en toda su pureza, según la teoría de Demócrito. Todo está formado por átomos. Fuera de éstos no hay nada. El hombre debe pasarlo en este mundo lo mejor posible. Los epicúreos tienen una moral materialista, pero intentan elevar el concepto de la dicha que debemos perseguir. No recomiendan los placeres bajos, pues en el fondo debe buscarse una vida con menos dolores posibles y esos placeres son fuentes de dolor. La dicha está en desprendernos de las pasiones que nos hacen sufrir. Llegan más lejos que los estoicos que no se separaban del gobierno, mientras que ellos aconsejan no abandonar su libertad intelectual. Los puestos

públicos traen motivos de sufrimientos. Con su egoísmo subjetivo alejan al hombre más de la vida que los estóicos.

Como también la escuela escepticista inducía a sus adeptos a abstenerse de todo, puesto que todo es dudoso, llegaban así las tres escuelas al mismo punto: El sabio debe vivir recluso; el mundo es despreciable; hay que perseguir la virtud.

## 7) EL NEO-PITAGORISMO, EL NEO-PLATONISMO Y EL FIN DE LA FILOSOFIA ANTIGUA

Dar a la palabra «Virtud» (de vir— varón o sea virtudes del hombre fuerte, viril) el sentido de renunciamiento es una inversión de valores. Esta divergencia de apreciar los valores éticos aparece ya en Sócrates, pero poco a poco se acentúa la tendencia de que el sabio debe alejarse de los valores reales de la vida. Sócrates quería convencer de un modo racional. Creía que convenciendo a uno de la bondad, ésta sería aceptada. Era intelectualista. Sócrates muere 400 años a. Cr. y hasta el nacimiento de Cristo se acentúa el apartamiento de la vida real y se sigue el método intelectualista. Pero este método no logra transformar las costumbres. A medida que se perdía el sentimiento religioso, parecía que las costumbres iban corrompiéndose cada vez más. Se forman entonces dogmas nuevos y surgen en esa época tendencias sectarias. Reaparece la vieja doctrina de Pitágoras con nombre nuevo: *Neo-Pitagorismo*. Esta escuela ha tenido una tendencia mística y ha dejado rastros supersticiosos hasta hoy. El Neo-Pitagorismo encaminaba hacia la doctrina que había de triunfar.

La razón no puede resolver el conflicto entre el mundo real e ideal: se dice que la razón ha fracasado y queda el recurso de la intuición que es lo que percibimos directamente por nuestros sentidos. Es la posibilidad de abarcar lo existente para formarse una idea de las cosas con auxilio de la filosofía. Hoy mismo existe una doctrina semejante. En la época romántica sucedió otro tanto. La intuición unida con la religión levanta al espíritu; lo lleva a la contemplación fuera del mundo y al éxtasis. Esta filosofía que quiere arrojar al racionalismo, llega hasta el arrobamiento. Si el hombre es incapaz

de unir el mundo ideal y el material, se busca un intermedio.

Toda el Asia estaba infiltrada de helenismo; hubo un contacto interno entre los pueblo griego y orientales. A medida que se desarrolla el imperio, el centro se desplaza hacia el Oriente. La juventud de Roma va a estudiar a Atenas. Antioquía y Alejandría rivalizan con la misma Roma. Este desplazamiento se acentuaba siempre más. Temporalmente hizo ya Diocleciano (285-305 p. Cr.) Nicomedia a su capital política y Constantino dió en 330 p. Cr. el último paso, trasferiendo definitivamente la capital a Bizancio.

Como sede de la filosofía pasa Atenas al segundo lugar, ocupando el primero Alejandría. La influencia de los judíos helenizados se une a la del neo-pitagorismo. Los judíos con su tradición se habían asimilado a la filosofía griega y algunos llegaron a creer que entre su tradición y la griega no había diferencias y que Platón y Aristóteles habían conocido la Biblia. Llegaron hasta decir que la filosofía griega y la Biblia enseñaban lo mismo. Esto era violento, porque las ideas griegas eran bien distintas del rígido monoteísmo de los judíos.

Los judíos esperaban al genio que reconstruyera su país, al Mesías. Primero era un héroe nacional, luego un profeta que levantaría al pueblo; por último, se sutaliza la idea y es un enviado de Dios. Toman esta idea para identificar el concepto de su Mesías con el *logos*. Allí se unen las dos tendencias: los judíos abandonaron su concepto de la unidad divina y los filósofos griegos se asimilan las ideas religiosas místicas y aceptan el intermediario. Aristóbulo (160 a. Cr.) y Filón de Alejandría (nació 25 a. Cr.), casi un contemporáneo de Cristo, desarrollan la idea del *logos*; conciben un dios transcendental, sublime, fuera del universo, altísimo. El intermediario es el *logos*. Lo define con metáforas: vicario de Dios, sombra, hijo, hombre de Dios, Dios-hombre. En 200 años acabaron por penetrar los judíos en la filosofía griega, en el *Neo-Platonismo*. Fundada esta escuela por Ammonio Sakkas (175-250 p. Cr.), fué sistematizada por el discípulo de este Plotino (204-269 p. Cr.). Dice que nuestro conocimiento se revela en el éxtasis. La esencia de las cosas es desconocida para nosotros por su grandeza. Del «εν» emana lo exis-

tente y tiende a él. Era necesario una serie de intermediarios, el *nous*, luego el alma cósmica, luego el alma de la naturaleza, y luego recién el mundo material. La materia es un concepto negativo para los neo-platónicos. El mundo real es la negación del mundo ideal; es lo negativo.

El neo-platonismo se impuso y desalojó a las doctrinas viejas. Pero estas ideas no podían ser comprendidas así por las masas. Eran aceptadas como ideas en formas dogmáticas, (como por ejemplo el culto de Isis con sus misterios, etc.). Así se establecían luchas entre las distintas tendencias religiosas y la que debía triunfar era el *cristianismo*. Era una secta con sus dogmas sencillos. A medida que se difundía y que las clases superiores la aceptaban, tenía que armonizarse con las concepciones filosóficas. En el cuarto evangelio aparece ya la influencia filosófica: el verbo es el *logos*, Jesús, el intermediario, es el Mesías, el hijo de Dios, el Dios mismo.

Los primeros escritores cristianos condenaban la filosofía griega, pero las escuelas de Alejandría persistían y los restos del paganismo tendían a mantener las costumbres antiguas con ciertas modificaciones. Esto traía enemistades, el pueblo veía en la academia el baluarte del paganismo y en su ira la destruyó en el año 415 p. Cr. En esta ocasión fué matada también la filosofía Hipatia, una mártir del politeísmo.

En Atenas desaparecen las escuelas filosóficas, menos la de Platón. Persiste la enseñanza filosófica, pero con tendencias místicas. Sobrevino una reacción, o más bien una tentativa de reacción con Julián Apóstata (361-363 p. Cr.), un discípulo de Jamblico, pero fracasó. La escuela de Atenas vivió todavía hasta 529, en cuyo año fué definitivamente clausurada por el emperador Justiniano.

La filosofía que nació de la mitología, vuelve así, en una evolución de más de 1.000 años, otra vez a la religión.

JUAN PROBST.

(Continuará.)

## Los estudios literarios en la Facultad de Filosofía y Letras

---

Señor Gregorio Bermann,

Presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras,

Presente.

Quiere usted conocer mi opinión sobre el valor del actual plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, en lo pertinente a la enseñanza literaria. Si usted cree que el haber yo cursado los estudios universitarios en esa Facultad, en la cual transcurrieron mis rientes años de entusiasmo y esperanza, y el conocerla íntimamente en su vida pasada y en su vida

---

(1) En la última sesión del año pasado, el señor presidente informó sobre la necesidad de reformar los planes de estudios en sus diferentes secciones, poniendo de relieve las graves deficiencias e incoherencias del plan vigente. Resolvió entonces la Comisión Directiva encomendar la crítica y proyecto de reformas a distinguidos egresados de nuestra Facultad, para elevar al Consejo Directivo, a base de dichos informes, un plan integral que contuviera las modificaciones, que a juicio del Centro eran indispensables. Fueron designados para informar, acerca de la sección Letras el doctor Roberto F. Giusti, de la sección Historia el doctor Arturo Vázquez Cey, y de la sección Filosofía el profesor Gregorio Bermann.

Publicamos hoy el juicio crítico con que ha tenido la gentileza de responder a nuestro pedido un ex-alumno que honra a nuestra Facultad, una personalidad cuyos poderosos rasgos originales hácenle resaltar en la crítica literaria latino-americana. Nos permitimos recomendar insistentemente a nuestros profesores, amigos y condiseípulos que lean y mediten esta valiente exposición del doctor Giusti, cuya parte constructiva deberá completarse. Y les agradeceríamos nos envíen el fruto de su análisis y modo de pensar acerca de esta cuestión de indudable trascendencia para el porvenir ideal de esta casa de altos estudios.

actual, pueden ser títulos bastantes para decidirme a responder a su pedido, que me honra, contestaré con muchísimo agrado. He querido y quiero ese hogar intelectual, que debiera ser orgullo de la República; los estudios humanísticos a que está consagrado, son los mismos a los cuales destino mis horas más felices; así, su suerte, que es la de muchas cosas nobles y serias, no puede serme indiferente.

Ciertamente no es del caso atribuir demasiada importancia a mi juicio — en absoluto desfavorable, lo anticipo —; mas tampoco debemos achicarnos de tal modo que neguemos toda utilidad a una opinión honestamente inspirada y francamente expresada, con tal que el buen sentido la autorice.

Fué mi primera intención comparar detenidamente los estudios de nuestra Facultad con los que se siguen en las facultades similares extranjeras. Pero ocupado mi tiempo por otras tareas, no me ha sido posible recoger toda la información que necesitaba para no hacer las cosas a medias. Debo, por consiguiente, ceñirme a un desarrollo más modesto, limitándome a examinar aquellos estudios a la luz de estos dos elementales criterios: ¿Qué enseña a este respecto la experiencia general? ¿lo que en el plan consta, responde a un objeto de utilidad positiva, o únicamente a llenar una fórmula? Y permítame usted, señor Presidente, que recomiende a su atención la importancia de este segundo criterio, por cuanto no sé de cosa más repugnante a los espíritus juveniles que las fórmulas vacías las cuales mienten una realidad que no existe. Nosotros, es sabido, queremos vida y no palabras.

Alguien, ajeno a estos asuntos, podría pensar que es insolente pretensión censurar con tan escaso aparato crítico, nada menos que el plan de estudios de una Facultad de Humanidades, de que son cabeza los hombres más ilustrados de la República; pero quizá no se indignara tanto contra el censor, cuando supiese con cual escaso aparato de información y reflexión fué realizada la obra constructiva.

Cuando el actual plan de estudios fué aprobado, a fines de 1912, en sustitución del antiguo de los cinco años — a mi entender, a pesar de sus muchos defectos, superior al de ahora —, yo todavía formaba parte del Centro de Estudiantes, en calidad de representante de los alumnos egresados, siéndome pues

fácil recordar cómo fué hecho ese plan y qué modificaciones sufrió antes de ser aprobado por el Honorable Consejo. No deseo entrar aquí en detalles que podrían llevarme al terreno de la chismografía — ingrata, aunque amena e ilustrativa —; pero puedo declarar en voz bien alta, que no presidieron a la redacción y sanción del plan vigente, ni el estudio orgánico ni la madura reflexión y sí la improvisación y el capricho. Como pudo ser eso, no me incumbe explicar; por lo demás sabemos que no fué ésta la primera ni será la última vez que cosas semejantes ocurran en el país.

Al alcance de todos está la comprobación de mi aserto, en el acta de la sesión del Consejo en que fué sancionado el plan vigente. (Sesión de Noviembre 5 de 1912, *Revista de la Universidad*, págs. 91-96, tomo XXII de los *Documentos Oficiales*.) Esa acta no tiene desperdicio. Entérense los jóvenes en ella cómo forman las personas experimentadas un plan de estudios universitarios. Conozcan y admiren especialmente el proyecto presentado por la comisión de enseñanza. ¡Con decir que ni la psicología era materia del doctorado en filosofía y letras! El hecho es que a fuerza de agregados y remiendos improvisados por la discreción de algunos señores consejeros, aquel proyecto imposible trocose en el plan vigente, muy mejorado, lo reconozco. A haber sido redactado de ese modo un código penal, pongo por caso, iríamos a presidio por una contravención, pagaríamos multa por un asesinato; tratándose de un plan de estudios, ¿qué mal hay en que saliera como salió?

Mas, no es necesario insistir sobre los orígenes. Ahí está el plan, que ha de confirmar elocuentemente mis afirmaciones anteriores.

\*

\* \*

El artículo primero de la ordenanza de Noviembre 5 de 1912, dispone:

« Los cursos de la Facultad se dividen en tres secciones:  
» Filosofía, Letras e Historia. Unos son comunes a dos o tres  
» secciones y otros especiales de una sola de ellas. Para optar  
» al grado de doctor en filosofía y letras se deberá seguir, en

» forma general y completa, por lo menos una de las tres secciones en que se dividen los cursos de la Facultad. »

Esto quiere decir que el título es único: «doctor en filosofía y letras», y sirve para cualquiera de las tres carreras por que opte el estudiante, así quiera dedicarse a los estudios históricos, a los filosóficos o a los literarios. Perfectamente, con tal que la cultura adquirida, aunque con predominio de unas u otras ciencias, sea de tal naturaleza, en lo esencial, que justifique la concesión del título de doctor en filosofía y letras; muy mal, si, como veremos, no hay tal cosa.

Recorramos los estudios de la sección Filosofía, que comprende cuatro años y diez y seis materias. En ellos no figura ningún curso de literatura, absolutamente ninguno, ni siquiera el de *literatura castellana*. ¿Cabe llamar doctor en filosofía y letras al graduado?

Recorramos los estudios de la sección Literatura, que comprende cuatro años y diez y ocho materias. En ellos no figura ni el curso de *Ética y Metafísica*, ni el de *Historia de la Filosofía*, ni el de *Sociología*, los cuales, sin embargo, están incluidos en la sección Historia, la más rica, como que abarca veintinueve asignaturas. Llama particularmente la atención que un doctor en filosofía y letras, *literato* (designémoslo así), no tenga por qué haber cursado *Ética y Metafísica*, y sí en cambio el *historiador*. ¿Y qué diremos de un doctor en filosofía y letras que nunca ha saludado, ni de lejos, porque tampoco se estudia en la enseñanza secundaria, la *Sociología*, y lo que es más grave, la *Historia de la Filosofía*? ¿Curioso doctor *en filosofía*! Y no menos peregrino doctor *en letras* este laureado que carece de toda ciencia filosófica e histórica! ¿Habrà de sorprendernos después, que nos hable de los diálogos que «escribió» Sócrates, ignore en qué consiste una doctrina hedonista o no sepa distinguir a un gentil de un hereje? ¿Cuáles estudios literarios pueden seguirse provechosamente sin la base de los filosóficos e históricos? Porque respecto de estos últimos, habrá usted advertido, señor Presidente, que la carrera literaria sólo exige un curso de metodología. ¿Dónde está la vasta y completa cultura que hoy se reclama a quien de letras trata, escribe y enseña? ¿pudo guiar más anticuado y estrecho criterio a los redactores del plan?

Resumiendo, pues: tenemos un rótulo, el *doctorado en filosofía y letras*, absolutamente impropio, porque debajo de é o falta la filosofía o faltan las letras; tenemos laureados en filosofía, que ignoran la historia y la literatura de su patria y de su lengua, y laureados en letras, que no van más allá de sus cronologías literarias y sus lenguas clásicas. Diré entre paréntesis que la discreción ya antes recordada de algunos señores consejeros, logró salvar del destierro a que habían sido condenadas por el autor o autores del primitivo proyecto, la Psicología y la Lógica. ¡Siquiera!...

Un capítulo que merece especial atención es el de la enseñanza de las lenguas clásicas. Aquí es preciso reconocer que la Facultad se encuentra ante un grave problema. Los alumnos que llegan a sus aulas, ignoran, casi sin excepción, el latín y el griego, de suerte que el aprendizaje de ambas lenguas deben hacerlo, en el primer curso, desde el *rosa-rosae* y el *eimí*. A menos que no triunfe algún día la doctrina de la enseñanza secundaria en dos ciclos, sustentada en el proyecto Magnasco de 1899 y en el plan Fernández de 1903, con tres años de latín y griego preparatorios para los estudios de Filosofía y Letras y Derecho, difícilmente la Facultad conseguirá resolver el problema que a este propósito se le plantea, porque es forzoso rendirse a la evidencia de que el estudio de los idiomas clásicos jamás podrá ser reincorporado en la República a los planes de enseñanza secundaria general. Es cierto que se estudian dichos idiomas en el Colegio Nacional de Buenos Aires; pero la Facultad debe abrir sus puertas, si no quiere condenarse a una muerte segura, a todos los bachilleres, no sólo a los pocos del Liceo Universitario. Todo esto sin tomar en cuenta que entre sus alumnos son mayoría las normalistas, a quienes no cabe exigir el conocimiento previo de las lenguas muertas.

El obstáculo que se opone, pues, a que sean serios y completos en nuestra Facultad los estudios de latín y griego, es grande y por el momento insalvable; no obstante, algo puede hacerse por atenuar esta desventajosa situación, y el plan vigente no lo hace. Cuatro cursos de latín hay en cada una de las tres secciones, a todas luces insuficientes, con mayor razón cuanto que el cuarto es propiamente de literatura latina; tres cursos de griego en la sección Letras (el tercero de lite-

ratura) y dos en las restantes, más insuficientes aún. Para aprender a leer a libro abierto en cualquiera de ambas lenguas son necesarios por lo menos ocho años de estudio; ¿cómo no ha de resultar insuficientísima una enseñanza de tres años de latín — o cuatro, dándole carácter práctico al curso de literatura — y dos años de griego? Si se quiere corregir el serio inconveniente antes expuesto, no veo otra solución — incompleta, claro está — que volver al antiguo plan de cinco años, pero con una enseñanza metódica del latín y del griego en los cinco cursos. O los estudiantes, con entusiasmo y voluntad, se someten a esta dura tarea, para adquirir debidamente los medios de completar luego por su cuenta el conocimiento de las lenguas clásicas, o tendremos que resignarnos a que en nuestra patria tampoco los doctores en filosofía y letras las conozcan.

Por otra parte esto mismo lo comprendió la Facultad, pocos meses antes de aprobar el plan que estoy analizando: habiendo declarado los profesores de latín y griego, sin discrepancia, insuficientes esos estudios, el Consejo resolvió en su ordenanza de Agosto 5 de 1912, que fuesen cursados en los cinco años del plan de entonces. Bien ha mostrado la Sabiduría lo eficiente de los designios humanos. No habían transecurrido aún tres meses y ya el Honorable Consejo tomaba en consideración el mentado proyecto del cual nació el plan vigente, cuyo autor o autores, optimistas y benignos, reducían a dos los cursos de latín, a dos los de griego!

Mas, para ver hasta dónde llega el culto del rótulo y el desprecio por el contenido, por la realidad viva, conviene reflexionar un instante sobre este otro hecho: El plan que comento, instituye tres profesorados, correlativos de los tres doctorados; ahora bien, quienes opten a los profesorados en filosofía o en historia, no deberán cursar sino *dos* años de latín y dos de griego. Uno se pregunta, con cuál objeto. Hay cosas que, o se hacen o no se hacen, porque hacerlas a medias equivale a no hacerlas. ¿Puede decir, quien haya estudiado el latín, para qué sirven dos solos cursos? Yo lo diré: Sirven para llenar una fórmula, para conformarse con las apariencias, para mentir con un rótulo la vaciedad del frasco. Acaso los autores del plan hayan razonado de esta manera: «Un egresado de la Facultad de Filosofía y Letras *debe* estudiar latín y griego, ¡no

faltaría más!; pero un doctor es más que un profesor; ergo, el doctor debe estudiar más que el profesor. ¿Cuánto? Seamos equitativos: la mitad». ¿Por qué no se ha eliminado derechamente las lenguas clásicas de los profesorados en Historia y Filosofía?

Antes de pasar a las conclusiones generales que se desprenden de este análisis sumario, y sin entrar en otras cuestiones de detalle, deseo observar, señor Presidente, la colocación que tiene una de las asignaturas en el plan de la sección Letras. Quiero hablar de la *Gramática Histórica*. Es materia del primer curso, por tanto el alumno comienza su estudio cuando todavía ignora los rudimentos del latín o apenas los está entreviendo. En tales condiciones, ¿es posible seguir con provecho la historia de nuestra lengua y observar conscientemente, en la evolución fonética y del léxico, y en el estudio analógico comparado, su procedencia y diferenciación del latín? Teniendo en cuenta la deficiencia de los estudios literarios en nuestra enseñanza secundaria y normal, ¿no sería más oportuno en primer año, un curso de teoría literaria (o de *composición*, como lo llaman en la Facultad de Pedagogía de La Plata), donde se enseñase, no la vieja y convencional retórica, sino, con criterio amplio y moderno, los principales resultados y adquisiciones de esa labor inmensa y prolija que ha realizado la crítica del siglo XIX en el análisis de la obra literaria y de sus vinculaciones con el ambiente social y físico en que se produce?

\*

\* \*

«La casa ganará con este plan en concurrencia de alumnos por ser más cortos los estudios» — dijo el doctor Rodolfo Rivarola al discutirse el plan vigente.

Aunque respeto muchísimo a nuestro distinguido ex-decano y actual Presidente de la Universidad de La Plata, por su experiencia, ilustración y alteza de miras, me atreveré a disentir de su criterio sobre este particular. Con el plan de que

tratamos, la Facultad habrá ganado tal vez en concurrencia de alumnos, pero nada más que en concurrencia de alumnos. Sus otros efectos deberán ser registrados en el capítulo de las pérdidas. Pensemos en la común impreparación de los bachilleres, para los estudios universitarios; pensemos en la demasiado generosa acogida dispensada por la Facultad a las jóvenes maestras que afluyen a sus aulas y llevan a las mismas su escasa cultura general y sus métodos de estudio escolares. ¡Son tan malos y tan cortos los estudios secundarios, tan poca cosa los normales! Con todo, la Facultad, que debiera ser la flor de la cultura de este pueblo, ¿sacrificará esa cultura a un cálculo numérico? El criterio ha de ser de calidad y no de cantidad. ¿Qué honra y ventajas reportarán a la República las cuantiosas «hornadas» de doctores a quienes la Facultad entregue un falso diploma de ciencia y competencia? Más valen para el porvenir de la patria cinco sabios de ciencia profunda y vasta, que quinientos doctores semianalfabetos.

La Facultad debe volver a un plan de cinco años. Y como no es propio hacer caso omiso del título, lo justo es que la Facultad procure que los doctores en filosofía y letras no ignoren ni la filosofía ni las letras, o de otro modo escoja diverso título para los graduados, según lo que sepan... o ignoren. Esta no es mera cuestión de palabras. Es asunto de verdad y sinceridad. ¿Qué pensará el profesor extranjero del doctor en filosofía y letras argentino, que no acierte a contestarle una sola pregunta sobre literatura? Si malo es el superficial enciclopedismo, peor es la ignorancia casi enciclopédica. El doctorado, en nuestra Facultad, debe tener por base, en cualquiera de las tres secciones, todas las materias que constituyen en los tiempos modernos la versación en las antiguas humanidades. Muy bien venidas las especialidades y las asignaturas propias de cada sección, con tal que no falte aquella base única. No pido para nuestra casa la extensión y variedad de los estudios que se siguen en las grandes universidades extranjeras, pero sí, por lo menos, una discreta cultura general para cada doctor. Diez y seis materias comprende la sección Filosofía, diez y ocho la de Literatura: hay lugar para otras, repartidas en cinco cursos. El antiguo plan comprendía veintitrés o veinticuatro; el

actual de la sección Historia, veintiuno. ¿Por qué la pedagogía moderna temerá tanto el trabajo y el esfuerzo del estudiante?

Si nuestra Facultad de Filosofía y Letras, la primera de la República, la que debe ser primera en toda América Latina, no levanta el tono, tan bajo, de la cultura nacional, ¿quién lo levantará, señor Presidente?

Saluda al señor Presidente con su consideración y cordial amistad

ROBERTO GIUSTI.

Abril 2 de 1918.



## NOCTURNO INVERNAL

---

Alta noche de frío... Del reloj del convento  
que hace triste la calle y más grave la calma,  
se desprenden tres lentas campanadas que siento  
adentrarse cual gotas de rocío en el alma...

Me estremezco, pensando en los pobres mendigos  
que se quedan durmiendo para siempre en las puertas,  
añorando, tal vez, los lejanos amigos,  
las mujeres amadas y las madres ya muertas...

Y el silbido de un ave, o de un hombre en acecho,  
sobresalta mi espíritu y acelera en mi pecho  
el latido violento de una grave inquietud,

mientras suena en los hilos de la red telefónica  
la canción inarmónica  
que ejecutan las ráfagas ululantes del Sud!..

## LA ABUELITA

Adentro su mirada mortecina  
parpadea la vida sus reflejos,  
cual luces que titilan a los lejos  
entre velos oscuros de neblina...

Al amante calor de la cocina,  
—mientras hila en la rueca,—da consejos  
a cuatro nietecitos que, perplejos,  
empiezan a juzgarla una adivina...

Colgando de la humosa chimenea,  
un pristino candil chisporrotea  
inundando de luz su pelo blanco...

Y extrañada de que sus lindos nietos  
no le hagan más preguntas y estén quietos,  
los mira..! y vé que duermen sobre un banco..!

## LEYENDA DE LA MANTILLA

Ni el más leve rumor interrumpía  
la grave soledad de la calleja  
donde una casa, misteriosa y vieja,  
inspiraba temor de brujería...

Como mancha albi-negra se veía  
el rosal que trepaba ante la reja  
por la cual voló al viento triste queja,  
y su dueña en el centro aparecía..

Largo rato quedó como mirando  
hacia el lado que da para Sevilla,  
mientras se iba con rosas adornando...

Y al no ver a su amor en parte alguna,  
se entretuvo en tejer la albar mantilla  
con las hebras de plata de la luna!..

## PORTEÑA

Es flor de estirpe hispano-americana  
de pelo renegrado y tez morena,  
con los ojos más negros que la pena  
y los labios más rojos que la grana...

En su cuerpo de forma soberana,  
hay esguinces sensuales de agarena,  
y su voz argentina ríe y suena  
con timbrados rumores de fontana...

Herida por Amor, es tan ardiente  
como altiva y tenaz en sus desaires,  
o, en su trato, sincera y complaciente...

¡tal que parece palpitar Sevilla,  
—al paso de la hurí de Buenos Aires—  
sin mantón, castañuelas ni mantilla!..

ANTONIO ZAPATA GARCIA.



## El Doncel de Don Enrique el Doliente

---

Casi todos los autores románticos desarrollan los argumentos de sus obras en la Edad Media, que se transforma en el eje alrededor del que giran, gravitando, estos innovadores del arte en el siglo XIX. «La penumbra de las edades», «la noche de los tiempos», «la tiniebla de la historia», como ampulosamente se ha dado en llamar a esta hora de los acontecimientos humanos, presenta un vasto campo de acción, digno de ser utilizado por rebeldes cuya única ley es el albedrío y cuyo eterno pendón ostenta ufano el rojo sangriento de las empresas libertadoras. Aun hoy—verdad que no han pasado muchos años—poco se conoce de este nebuloso e inestudiado período: vislumbramos la Edad Media como una sociedad alambicada y palaciega, llena de boato, henchida de finuras y delicadezas, feliz en medio de protocolos pueriles; se presiente una época de profundo recogimiento espiritual, las almas están de continuo vueltas hacia el Salvador del mundo; se supone la edad de oro del honor: los encuentros caballerescos, el chocar de espadas, el relucir de lanzas constituyen el cotidiano sustento; las damas presiden los torneos, y por la prenda de una dueña, o por el capricho de una doncella, nada es un río de sangre, una montaña de riquezas, un endriago por enemigo, por rival un satán; el desinterés más absoluto tiene allí su morada: sólo por cumplir los preceptos del Dios Bendito y de la Santa y Muy Noble Orden de Caballería Andante desfácense entuertos, redímense caídas, las viudas son amparadas, los huérfanos protegidos. Y cuando la voz augusta del Sumo Padre se alza vibrante y sonora reclamando el rescate del Sepulcro del Hijo del Señor, los pueblos todos del orbe

marchan gozosos, la cruz al pecho, en pos de su ideal, cual lo harían sublimes argonautas... Sin embargo, todo se «siente» más ficticio que real, más aparente que cierto; pues ese comedimiento de cortesanos no es más que villana maquinación, el protocolo hipocresía y la delicadeza interés; no existe el tal místico fervor ni la tan preconizada fe de los cruzados: el más irracional fanatismo iguala a nobles y plebeyos y un mercantil lucro impulsa a reyes y pontífices a predicar la evangélica matanza; el amor es excusa para poseer un castillo más; el honor, medio para dar rienda suelta al humanal instinto de ser caínes, que entonces se albergaba entre peto y espaldar, como hoy se encierra entre cascos y corazas. Todo este simulacro de belleza, libertad y honor parece ser tomado de la España y en general, de la Europa del siglo XIX: es que la historia de miserias y de crímenes se repite al infinito; eso es perenne, como el rodar de las estrellas. En la décima novena centuria el mundo se hallaba sumido en el estupor de los acontecimientos del 89, bajo el espasmo de la sangre del 93, extenuado por el largo batallar a través de campiñas que recibían abundante abono de gente ayer joven y prometedora. Los espíritus vislumbraron durante un momento un cielo puro de libertad y una tierra libre de opresiones; pero una mano hercúlea y gigante, como el tentáculo horrendo del repugnante pulpo, borró ligera la celestial visión y otra vez el oscurantismo volvió a imperar, marchando a la vera de la reacción, cual su lógico complemento. ¡Triste suerte la del hombre: continuamente combate con el genio del mal por el amor de los unos a los otros; si presenta su mejilla le injurian y es violado; si acepta el reto, la lucha lo extenua y le derrotan!... Su espectáculo se asemeja al del mar embravecido; las olas, inmensas y orgullosas al cenit se elevan, como anhelando remontar las olímpicas regiones, y cuando su triunfo parece cierto se produce el derrumbe, el espantable derrumbe, tanto más espantoso cuanto de más alto se precipitan las aguas. En esa época de opresión, de llanto y duelo, que sigue como fatal consecuencia al nefando Congreso de Viena y al espantoso sacrificio de la Francia de los derechos del hombre, que llevó al universo en la bandera imperial de un visionario sus principios de amor humano, en ese momento

toda libertad desaparece, los periódicos revolucionarios son anatematizados, los impúdicos vergonzantes que pretendían la nivelación del deleznable plebeyo con el emisario de Dios fulminados; y así volvió a reinar el orden, el orden varsoviano, volvió a imperar la calma, la calma del mar eterno cuya superficie permanece tranquila, pero que en lo hondo de cuyas entrañas los elementos se agitan y luchan y se despedazan incesantemente. Por eso los rostros permanecían apáticos, las manos trémulas, los ojos de mirar incierto; pero los corazones ardían de fe y de entusiasmo y el ansia loca de gritar y de obrar iba tomando cuerpo en todos los indóciles, en todos los espíritus excelsos, escogidos por Dios para salvar al mundo del pecado de la rutina y del delito de la esclavitud. Así surge el romanticismo, escuela de rebeldes iconoclastas que todo lo atropellan, por oposición a los preceptistas, ingenuos adoradores de vetustas academias, que, como la mujer de Rosas el fasireo, necesitan que alguien les agite los brazos para que el vulgo imagine que aún tienen vida. Rebeldes iconoclastas que no reconocen patria ni edad, porque son de todas las naciones y de todas las épocas: allí donde aparezca un ingenio con norma propia, allí tenemos un romántico. El romántico que triunfa y que a través de la gloria llega a la inmortalidad, ese, al divinizarse, se erige en maestro, se transforma en clásico. Toda la historia está salpicada de romanticismos, de rebeliones o de individualidad, pues para el lance sinónimos son. Pero hay un instante, (1830), en que todo es romántico y la influencia es tan grande, que tiempo después muchas grisetas parisienses, que soñaban en castillos, príncipes y torneos, por un rasgo de sublime romanticismo, se desposaban novelescamente con el cenagoso y prosaico Sena. En ese período, el romanticismo como sistema fracasó; sencillamente porque las cosas se llevaron al extremo y si es malo tolerar a los retóricos que imiten a clásicos ya consagrados, ya pontificados, peor, pero mucho peor aceptar que se tomen como modelos a noveles que hacen barrasabadas, por el solo hecho de que los otros habían realizado lindezas. El gesto de estos románticos mueve a risa: combaten la rutina y comienzan por crearse un medio y un estado de cosas que se imponen como sistema; nos revelan el mismo triste conjunto de los actua-

les anarquistas sectarios que se dicen antidogmáticos por excelencia, y que principian por dogmatizarse al constituir bandos y partidos y que, odiando la política, se pasan la vida hablando de ella, y aún, piensan en futuras formas de gobierno, o por mejor decir, de desgobierno. Entonces, por haberse dogmatizado el romanticismo fracasó: tal vez la edad le hizo envejecer y los años le volvieron decrepito. Pero este desastrado fin debe imputarse, solamente, al romanticismo desnaturalizado, al que era tal sólo de nombre, pero que de esencia era una de las tantas sectas sofisticas que infestaban la tierra; pues la tendencia genuina y espontáneamente romántica triunfó y su triunfo fué completo: otra cosa no podía ocurrir desde que sus cultivadores eran genialidades que seguían los rumbos que su inspirada musa les dictaba. Prueba de ello es que en toda la primera mitad del siglo xix es imposible hallar una mentalidad estupenda que no sea en absoluto romántica; comprueban el aserto: Goethe, Byron, Scott, Hugo, Dumas, Manzoni, Espronceda, Larra. Y por fin hemos llegado a nuestro hombre: a Larra. Larra no es la materia amorfa y acromática de que sirve de argamasa para unir dos substancias semejantes; no, él pertenece por entero a una escuela que transplanta a su patria, le marca rumbos e inicia triunfalmente: la escuela romántica española que tiene en el inquieto Mariano del alma excelsa su arquetipo, su blasón y su prosapia. Larra es romántico en todo: en sus hazañas varoniles, en su estuendo desafío al mundo, en su mordacidad sarcástica, en sus violentas pasiones, en su exquisitez suma, en sus mismas obras, reflejo exacto de su turbulenta vida. Entre sus escritos tiene una novela: él la intitula «El Doncel de don Enrique el Doliente», nosotros la apellidaríamos «Autobiografías del enamorado Larra, en que se cuenan sus desdichas, gestos y pesares, en su peregrinar por el mundo»; porque Larra y el Doncel son una misma persona, un mismo amor, una misma desventura, que se desarrolla en dos distintas épocas de la historia. El mismo Larra lo confiesa: la descripción que hace del Doncel es su propio retrato; oigámosle: «... era un mancebo... su color moreno, sus cabellos negros como el azabache; sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas: una sola vez bastaba verlos para decidir que quien

de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible... su frente ancha, elevada y espaciosa... ornábale el rostro una rizada barba... su voz era varonil... su estatura gallarda...»; y como entre signos de admiración agrega: «Un observador más inteligente hubiera leído también, en su lánguido amartelamiento, que el amor era la primera pasión del joven». (Capítulo VI). Y ahora, después de esta ingenua confesión, cedamos la palabra al sutil Azorín, para que así, en confidencia, nos diga que «era Larra más bien bajo que alto. Tenía la tez morena, con un ligero matiz de bronce. Orlaba su cara una barba negra y sedosa... Sus ojos refulgían negros, anchos, vivos, expresivos y elocuentes. Vestía con aliño y buen gusto». (Larra: *Lecturas Españolas*)... ..

Este es el argumento de la novela, por cierto bien romántica de fondo y de forma. Larra dice que es una novela histórica; en efecto: «El Doncel de don Enrique el Doliente»; pertenece al género literario creado por el inmortal Gualterio y que a través del Artagnan de la literatura francesa llegó a Iberia. Allí la adoptó Larra, pero el ambiente era infecundo y el producto resultó híbrido. En España la novela jamás ha hecho escuela: los novelistas hispanos son como esos cometas que hiperbólicamente llegan hasta nosotros, nos deslumbran con su esplendor y desaparecen para no volver jamás; idéntico fin tuvo la novela histórico-romántica. Larra es indiscutiblemente el más grande de los prosistas románticos y el único que triunfa en la novela. Pero su éxito es muy relativo: pretensión vana sería comparar al autor del «Doncel» con el del «Castellano Viejo» o el de «La Noche Buena de 1836», por no citar que las dos más mentadas composiciones de Fígaro. Con Larra novelista ocurre lo que con el trébol: ¿no es el trébol la reina que eleva gallarda su frente coronada por entre el césped menudo? Pues Larra es el trébol que sobresale de la lisura, de la espantable lisura de la mediocridad que lo rodea. Larra toma como maestro espiritual en esta composición al autor de «Quintín Durward»; más: lo imita; pero imitar no es plagiar. Toma de él el conjunto, la forma, diríamos la andamiada, pero la materia, los ornamentos, la distribución es distinta. Guiado por Gualterio,

el genial inglés de testa y escocés de piernas, Larra nos introduce en el santuario de la Epoca Media: describe detalladamente, prolijamente el mundo en que se desarrollan los acontecimientos; se deleita en hablarnos de las costumbres, vestimentas, fiestas, y armas; complácese en exponer las ideas, las tradiciones, brujerías y encantos: todo presentado con discreto y razonable tino, libre en absoluto de empalagosa erudición. Creado el medio, surge la trama y los arlequines que en ella intervienen, apareciendo uno tras otro los personajes que el Bachiller don Pérez de Munguía caracteriza en cuatro pinceladas, de resultas de las que tenemos retratos que en su concepción son admirables; verbigracia el del judío Abenzarsal (Capítulo xv). Pero la psicología de ciertos protagonistas es ridícula. Don Enrique de Villena no puede ser en manera alguna tal como lo pinta Larra. Ambicioso, engréido, sabedor de que los hombres son juguetes entre sus manos, que sus mitos de astrología y alquimia podrían fácilmente aterrarlos, resulta ser un ingenuo que se expone en buscar aliados a gente ruin y perversa que le es fiel mientras la bolsa está llena; máxime, a buscar cómplices en crápulas más temibles que él, como ser el judaico farsante. La excusa que Fígaro pretende darnos al decir «que no era el malvado bastante impío par las exigencias de su ambición», demuestra que Larra desea disculpar, en parte, al Conde, para que no sintamos náuseas en su repugnante presencia. No obstante ser el de Villena más dado al estudio que a la vida de guerrero, no debemos olvidar que es un cortesano, vale decir, un intrigante, esto es, un maquiavélico. Por esto, nos llena de admiración pensar por qué recurre a Ferrus y a Abraham, cuando tenía en el hurtador de su esposa, en Fernán Pérez, un incondicional sumiso (sólo se explicaría este proceder como una artimaña para poner en juego a mayor número de personas y no hacer tan complejos a los actores. Y, ¿qué anhelaba el Conde? ¿dejar que se extinguiese lenta, bárbaramente en un calabozo una existencia? ¿no temía ser un día descubierto y castigado? ¿No es esta cadena más horrorosa que el crimen instantáneo, brutal sí, pero que pone fin a todo terrenal sufrimiento? Por todo esto, creemos que El Pobrecito Hablador se estremeció al pensar que crearía un personaje horrendo e intentó borrar las ma-

las impresiones con medias tintas, y surgieron verdaderos abortos. El mismo argumento es pueril, ridículo, mejor dicho romántico; porque empleando esta mágica palabra todo lo disculpamos. Romántico, y no en otra forma podemos concebir al Doncel, a ese mancebo tierno, de delicadas facciones, de vestir elegante, excelente rimador y admirado palaciego que es capaz de resistir, cual moderno Caballero de la Triste Figura, tres larguísimos años, vividos de continuo al lado de su idolatrada, sin ni siquiera atreverse a insinuarle su pasión. conformándose tan sólo con ver sus ojos y aspirar su aliento cuando a su vera pasase. Romántica, única y exclusivamente romántica es la recatada Elvira; ¡lástima que no sea princesita!, pero, en cambio, es pálida, sus ojos miran siempre al suelo, lee el «Amadís» y sueña de continuo en el gallardo príncipe que caballero en blanco corcel ha de venir a raptarla y que la conducirá al bello país del Ensueño do Amor tiene su morada. Y por último, absolutamente romántica es la cualidad del libro de que nada tenga fin; si hasta el lector llega a temer que en virtud del maléfico de alguna demoníaca el mismo relato no concluya: los duelos, los torneos, el juicio de Dios, todo se suspende en el momento en que se va a consumar y si por casualidad acaba algo, ha de ser en forma tremebunda, espeluznante: todo por obra y gracia del Santísimo y Muy Venerable Romanticismo. Pero todos estos defectos están en el ambiente, en la costumbre, en el hechizo que la peste de romanticismo ejerce; y si por el delito de todos hemos de juzgar a uno, condenado está Larra. Porque Fígaro fracasa en su novela con el fondo, con el argumento, con el desarrollo mismo; lo que no quiere decir que no exista unidad en la obra: muy al contrario, la hay y están bien hilvanados los distintos episodios; lo que anhelamos expresar es que Larra fracasa siempre que se deja dominar por el medio y triunfa cuando se le sobrepone: ocurre con él lo que con todos.

D. ORESTES CONFALONIERI

## NOTAS

---

### La Cátedra del Dr. Dellepiane

Vez pasada leí en esta misma revista una apreciación sobre la labor de la Facultad de Filosofía y Letras, apreciación demasiado obsecuente para ser discreta. Fué motivo para pensar si ella obedecía a un desconocimiento de la función interna de la facultad o a una deliberación de incondicional benevolencia.

Posteriormente he leído en el Cuaderno Novecentista núm. 3 una carta de un alumno universitario invitando al profesor Dellepiane a hacer renunciaciones de sus cátedras, entre ellas la de historiología, que dicta en la casa. Las razones invocadas eran de que los alumnos se reían del profesor y de que su preparación era deficiente, y que por consiguiente era un perjuicio y un desmedro su permanencia en las cátedras.

El señor Korn Villafañe que es el autor de invitación tan poco lisonjera, debió de puntualizar más sus fundamentos en obsequio a su sinceridad y a fin de disipar toda otra presunción.

Creo que es una demasia juzgar así al profesor Dellepiane, sería injusto presumir un impudor intelectual en él, al menos con respecto a su cátedra de historiología, que es la que conozco y sobre la cual hablaré.

Es exacto que su enseñanza es deficiente, y han de convenir conmigo todos los que han cursado dicha materia; pero ello debe imputarse a una flojedad y dejadez más que a un caso de incompetencia.

La deficiencia consiste en esto: ¿qué provecho sacamos de acumular en la mollera tanta forma teórica como ser la eurística, las disciplinas ancilares, las operaciones analíticas, las críticas externas o de erudición, de restitución, de procedencia, de las fuentes, la crítica interna, de hermenéutica, la sinceridad, la exactitud, etc. etc., qué provecho se obtiene con semejante aprendizaje sino va aparejado de las aplicaciones prácticas, de trabajos de seminario hechos por los alumnos, conforme se enseña en Alemania, Francia, etc.?

La cátedra del Dr. Dellepiane se resiente sensiblemente de ese complemento indispensable; de nada nos sirve saber que tenemos que empezar por la eurística, sino se analizan documentos en clase, sino se le hace al alumno aplicar esos conocimientos, que haga sus investigaciones personales, que demuestre su sagacidad y afine su crítica.

Esa es una parte imputable al señor Dellepiane, la cual no guarda una magnitud abrumadora para descalificarlo. La otra es la incoherencia en los programas, al menos hasta 1916. Se nos hizo estudiar la «historiología», y a la postre, a la terminación del año escolar, historia del Egipto. Y los señores examinadores, con una visible hostilidad, preguntaban únicamente sobre el Egipto, tema que habíamos mal preparado por la premura del tiempo con que se nos dió.

Habiendo desavenencias entre los profesores de la casa, la víctima resulta el alumno, debido a la vanidad personal que les inspira a algunos sus propias obras, expuestas a estas tretas socorridas del desaire por los otros.

El juicio del señor Korn Villafañe no nos hubiera parecido de un intenso colorido, si él hubiera pluralizado la alusión, pues se convendrá que en esto de deficiencias en la enseñanza o de flojedad en la labor intelectual, hay otros señores profesores que le disputan con respetable derecho al señor Dellepiane un primer puesto.

Lo que hace falta entre el profesorado de nuestra casa, es un poco menos de vanidad y un poco más de contracción y trabajo, pues quien haya asomado la nariz por ese tragaluz de cultura clásica que se nos proporciona y vuelva los ojos hacia nuestro profesorado, verá que muchos están en la condición de ser discípulos provechosos nuestros.

... Y sin embargo cada cual se jacta que su cátedra es la más indispensable, desnivelándose del conjunto.

... Y sin embargo, los examinandos habrán tenido ocasión de observar, de que rara vez el trío que componen la mesa examinadora con lo cual queda legalmente constituida, conoce la materia lo suficiente como para apreciar los conocimientos del alumno y valorar un examen.

CLEMENTE MARADONA.

## El movimiento estudiantil de Córdoba Fundación de la Federación Universitaria Argentina

DISCURSO DEL Sr. G. BERMANN

El conflicto universitario de Córdoba toca a su término, con el probable triunfo de las sanas aspiraciones estudiantiles. Es un hermoso movimiento el que realizan nuestros compañeros al levantarse con unanimidad admirable contra el régimen nepótico allí imperante, contra los malos métodos de estudio y contra los planes de estudio anacrónicos y deficientes, clamando por una amplia reforma que coloque a la Universidad mediterránea a la altura de la época en que vivimos.

La Universidad de Córdoba será de hoy en adelante — gracias a la actitud salvadora de sus estudiantes — no ya un centro de oscurantismo y de pereza mental, sino un foco que irradiará nuevas y fecundantes luces en los dominios del conocimiento, contribuyendo así también a resolver los grandes problemas nacionales que exigen urgente solución. Este movimiento tendrá una doble virtud. Por una parte tendrá, la virtud local de hacer progresar grandemente a la Universidad de Córdoba, cuyos claustros higienizará, ventilándolos, y por la otra, está destinado a tener proyecciones no sospechadas aún para el porvenir de nuestra cultura y para la transformación de las universidades de todo el país. No se trata solamente de cambiar su régimen de gobierno; hay

una evidente tendencia a realizar, intelentemente, la Universidad Social, que es todavía una aspiración teórica. Un núcleo numeroso de jóvenes estudiantes se preocupa intensamente de estos problemas, y avanza con paso firme hacia su solución. La Federación Universitaria Argentina, constituida recientemente por los delegados de las Federaciones locales de estudiantes de las cinco ciudades universitarias del país, se ha abocado al estudio de la reforma universitaria; tiene ya un proyecto, cuyos lineamientos generales tienden a democratizar a la Universidad, el cual propiciarán enérgicamente ante los poderes públicos correspondientes.

Acercas de las causas y desarrollo del movimiento, el último número del Boletín de la Federación Universitaria — que todos los socios reciben — trae una amplia información. VERBUM se asocia al caluroso saludo y mensaje de solidaridad que envió a sus compañeros cordobeses el Centro Estudiantes de Filosofía y Letras y hace fervientes votos por el logro total de sus justas aspiraciones. A Arturo Capdevila, el tan estimado vate, una de las figuras de mayor realce de Córdoba, que mucho ha contribuido a fijar muy alto las miradas de los estudiantes cordobeses, enviámosle especialmente nuestro saludo más cordial.

El Presidente de nuestro Centro don Gregorio Bermann fué delegado por la Federación Universitaria para llevar a los universitarios cordobeses la palabra de aliento y de apoyo de sus compañeros porteños. El día de su llegada celebraron los estudiantes un grandioso mitin en el Teatro Rivera Indarte, donde fué proclamada la Huelga General; en ese acto pronunció el delegado de la F. U. el discurso que hoy reproducimos.

Señores:

Compañeros:

Traigo el saludo cordial y cálido de los universitarios porteños a este magno acto, que más se asemeja a una fiesta de juventud que a un movimiento huelguista. Y es por mi modesta y emocionada mano que os llega ofrendada con entusiasmo la bella flor de la solidaridad estudiantil, la expresión de la fraternidad de jóvenes que participan de vuestros mismos ideales de verdad y de justicia. La Federación Universitaria de Buenos Aires, que reúne en su seno las representaciones de más de 5.000 estudiantes universitarios, rinde tributo de homenaje y de solidaridad a sus compañeros de la hermosa ciudad de Córdoba que presenten hoy este admirable ejemplo de compañerismo en lucha por sana idealidad; la Federación Universitaria echa así, conjuntamente con ustedes, en momento propicio y como urgente necesidad, la piedra fundamental de la Federación Universitaria Argentina, la futura magna institución representativa de los universitarios argentinos a quienes orientará hacia altos destinos.

¡Compañeros, pido un voto de aclamación por la Federación Universitaria Argentina! ¡Viva la Federación Universitaria Argentina!

Pero más rápido, señores, que este mensajero que os trae la rama de oliva solidaria y las palmas promisoras del triunfo, más ligero aún que Eolo veloz, mucho antes que las vibraciones del telégrafo os anunciaran la comunión de la F. U. con vuestras aspiraciones, deben haberos llegado los rumores de las palpitaciones de los corazones de los jóvenes fraternos que os acompañan en esta cruzada por el ideal y por el interés colectivo.

Sí; los jóvenes porteños — y digo jóvenes por todos aquellos que tienen abierto su espíritu a toda nueva verdad — siguen con atención este movimiento, y más lo amaran si conocieran sus verdaderas causales como las conozco yo, en buena parte por los amigos de aquí con quienes he conversado.

Debo confesaros que la simpatía con que los porteños acompañan este movimiento dimana, tanto de la justicia de vuestra causa y de la posible realización de los ideales que os alientan, como del anhelo de ver transformada esta vieja Universidad de Córdoba, que la mayoría se imagina, en su simplicidad, vagamente, como un foco medioeval semi en ruinas, como un emporio de ideas dogmáticas que apenas reanima el renacer neo-tomista, como un centro donde se cultivan las formas retóricas y frías, la aparatosidad sin contenido. De nada vale que se califique a la ciudad, por su Universidad, de tradicionalmente culta y docta, cuando gravan tan pesadas lápidas sobre su nombradía y reputación.

Pero vuestros compañeros porteños que así piensan solo conocen la parte clásica de la Universidad, y apenas sabían de vosotros, de vuestras ansias de renovación, del amor a la Ciencia que habéis manifestado, — tanto por los nuevos horizontes que ella abre, como por la gloriosa misión de perfeccionar a la humanidad que realiza — del amor que tenéis a la verdad sin velos. Mas he aquí que vuestra poderosa voz que suena tan desagradablemente en los oídos de vuestros académicos, ha llegado hasta nosotros y se nos antoja como una bella y promisoría armonía. ¡Por fin, juventud cordobesa, te oímos con emoción, tensas las cuerdas para recoger las vibraciones de vuestro pensar y de vuestro sentir, redobladas las percibimos con alta intensidad, porque vibran al unísono de las nuestras!

¡Y de los jóvenes debía partir, por motivos que vosotros habéis repetido muchas veces! No puedo ni quiero entrar en los detalles de vuestra rebelión. Pero vislumbro que este movimiento tiene mucha mayor trascendencia que la que se puede dar a una petición de estudiantes, de una simple reforma de Estatutos. Tengamos el valor de decirlo clara y bien sonoramente: él tiene, en sus líneas generales, una más alta portada que la de un motín de muchachos en busca de una justa solución. Yo veo en este movimiento un síntoma evidente de la lucha establecida entre dos corrientes diametralmente opuestas, entre dos sistemas de ideas, uno agotado, que falto de vitalidad, quiere imponerse tiránicamente, sostenien-

do el peso muerto de pobres intereses creados, y por la otra parte el impulso generoso del adolescente casi hombre hacia lo mejor, hacia lo más vital, hacia lo verdadero. Por una parte es el pasado que oprime y no da gloria, por la otra es el porvenir que se anhela grandioso. Ya que no ha habido amor y tolerancia en aquellos que más saben, los jóvenes cordobeses tienen el derecho de romper con el grillete de la tradición y de la autoridad, que no tiene ya contenido ético, y gritar: «¡No queremos que los muertos nos manden!».

Por eso creo, que a más de su significado propio, esta agitación tiene vastas proyecciones sociales, y constituye al mismo tiempo una culminación y un punto de partida. Esta agitación no es, pues, así entendida, más que el primer paso hacia más altos destinos a que la juventud deberá esforzadamente encaminarse si quiere que su patria sea grande.

Si es realmente así como digo, proclamemos que en esta ciudad de Córdoba, a más de cien años de la Independencia Argentina, se realiza hoy un movimiento revolucionario que tanto se le asemeja — *mutatis mutandem* — y que señala en la Historia regional de Córdoba una fecha memorable. ¡Saludemos, señores, esta primera reivindicación democrática y cultural porque lucha esta juventud universitaria!

Nos hallamos, señores, en una época en que poderosos ruidos subterráneos se dejan oír, época de cataclismos y de gritos, gritos de alumbramiento! ¡Cuidemos, en nuestra modesta esfera de acción, que lo que surja del presente no sea un feo producto teratológico, con todos sus vicios. ¡Los jóvenes que permanecen indiferentes o pasivos, decimos que son delincuentes! ¡Querramos fervientemente una sociedad sana espiritual y físicamente, armónica y justa, y así será, porque el reino de esta tierra no es de los que niegan su bondad, sino de los que la afirman de manera potente!

Educados necesariamente en el espíritu del siglo, época de observación y no de sometimiento a fórmulas abstractas y sin contenido real, de idealismo fundado en la experiencia — como sintetiza nuestro Ingeniero — época de reivindicaciones sociales, de meliorismo, como la calificara el eminente Ward, hay en las generaciones que nos anteceden una cierta incompreensión de la juventud y de sus ideales, de los que están separados como por un impenetrable velo de Maña.

Quiero recordar un antecedente de este movimiento. En 1904 se produjo en la Capital Federal, por causas casi idénticas a las de éste, un conflicto que provocaron los alumnos — mejor dicho — algunos Académicos de la Facultad de Derecho, el cual dió lugar a convulsiones violentas; según el decir del doctor Rivarola, transformóse después en el desorden por el desorden mismo. Sea o no exacta esta apreciación, cuidémosnos bien de no llegar a este extremo a que nos conduce el instinto de rebeldía que siempre resplandece en las entrañas de la juventud. Por ello debemos hacer fincar todos nuestros actos en altos motivos, en las hondas causales que produjeron esta justa rebelión.

La prensa metropolitana os ha acusado alguna vez de ser rebelde e indisciplinada en vuestros actos. Pero ¡qué ingenuidad! ¡Como si nos debiera extrañar que a la opresión sistemática de los de arriba, haya respondido como naturalísima reacción la tenaz rebeldía de los oprimidos! ¡Como si nos sorprendiéramos de que vuestro magnífico dique al ser construído por mediocre ingeniero — tal vez un Académico... — cierto día, en que el sol es más incitante y en que las aguas recorren más rápidamente la pendiente, ellas rebasasen tormentosamente el obstáculo, y todo lo inundaran a su andar, limpiando de paso algunas viejas callejuelas! Así muchas veces los jóvenes en quienes el impulso motor sucede inmediatamente al pensamiento. Pero siempre, compañeros, es bueno pararse un momento a reflexionar y pensar si las aguas vienen de la cima de las montañas, de lo más noble de vuestros corazones, y si no arrastran consigo mucho del fango del camino. Pero me parece que no hay temor de ello, porque el lecho de vuestros ríos es de fuerte piedra roqueña que no guarda impurezas en sus escondrijos.

---

Llevo en mi maleta de estudiante, señores, algunos libros a los que guardo singular cariño. Al que tengo por más precioso — después del libro del «buen amor» — es un tomo deshojado que la Asociación de Estudiantes de París dedica con singular gentileza y finura gállica a los estudiantes extranjeros. Contiene el libro los discursos que en el banquete anual que realiza dicha Asociación, pronuncia — especialmente invitado para ello — alguno de los grandes hombres de la Francia, que han iluminado al mundo con su genio latino. Así han presidido el banquete: el gran Pasteur, Renan, el maestro de la tolerancia, el exquisito Massenet, el enorme Zola, el sutil France, el eminente Bourgeois, Lemaitre, Lavisse, y tantos otros. Quisiera describiros los tesoros de amor, de bondad, de ciencia que se han derramado en estos ágapes fraternales de maestros y de discípulos, pero no hallo palabras par ello. Solo sé deciros que aquellos grandes maestros se sentían tan bien entre los muchachos!, que ellos mimaban a esa juventud y se apresuraban a conquistarla para toda noble causa de progreso, buscando su elevación moral, haciéndola amar la libertad y practicar la tolerancia. Entoncees, en Francia se volvían todas las miradas hacia la juventud. A tal punto que un ministro de Instrucción Pública había podido decir hace casi 30 años a los estudiantes parisienses: «La Francia, gracias a la juventud de hoy, será mañana grande por el pensamiento y por la acción».

Y hoy tenemos razón señores para admirar a la Francia.

En cambio, entre nosotros, sucede con frecuencia se nos abandone por parte de los que deberían ser maestros, y que con la máscara de la austeridad se encubra una notable aridez de corazón e indiferencia por el mañana, una falta de calor y de entusiasmo propios de la vejez.

No resisto para hacer un contraste palpable, aún a riesgo de enojarse

por conversación tan prolongada, de leeros esta página en que Mr. León Bourgeois se dirige a los estudiantes en su Banquete anual:

«Permitidme, señores, dirigirles (a los maestros) desde aquí un gracias especial por la significación que su presencia da a vuestra fiesta. Ellos señalan así uno de los caracteres esenciales de vuestra obra, esta voluntad de unión entre los que enseñan y los que son enseñados, este lazo nuevo, cada día más estrecho que mantiene el grupo de discípulos no ya solamente en torno de la cátedra del maestro, durante la lección, sino también en torno de su persona, muy cerca de su espíritu y de su corazón, largo tiempo después en que la clase haya terminado, en la hora de la conversación familiar, del buen consejo intelectual y moral dado como por el hermano mayor a sus jóvenes hermanos. Esta comunidad de pensamiento y de vida entre los profesores y los estudiantes, yo la deseo cada día más completa y más cordial; es este acercamiento precursor de la grande unión que preparamos, el que llegaremos a crear en estas grandes comunidades próximas que se llamarán las universidades francesas.

«Gracias a vosotros, mis caros amigos, continúa Mr. Bourgeois dirigiéndose a los estudiantes, gracias a los esfuerzos de vuestra asociación, gracias al espíritu que la anima, hay entre vuestros maestros y ustedes otra cosa que la deuda intelectual que viene de la lección, de la conferencia, del examen, hay esta cosa nueva, la afección y esta cálida atmósfera de la que los corazones, como las plantas, tienen necesidad para alcanzar todo su desarrollo. Vuestros maestros se impregnan de vuestra juventud, como vosotros os impregnais de su madurez; hay uno entre ellos, que ha dicho esto de una manera admirable: es Lavisse, un camarada — para mí, es más que un camarada, es un Labadens — quién ha dicho: «el acercamiento de los maestros con los estudiantes es el acuerdo de las generaciones sucesivas, es la continuidad de la patria».

¡Qué diferencia a lo que sucede entre nosotros! Hay que buscar a los maestros con la antorcha de Diógenes, y con frecuencia debemos recurrir a los extranjeros. ¿Han meditado alguna vez nuestros académicos y profesores sobre estas cuestiones que he esbozado? Dificilmente lo creo, porque sino tendrían mayor tolerancia, serían mejores para bien de todos. ¿No os parece propicio el momento para invitarlos a que hagan examen de conciencia?

#### Compañeros:

Dentro de breves días, que me han de parecer tanto más cortos, cuanta mucha es vuestra gentileza, cuando pierda de vista las admi-

rables serranías azules que dan imborrable sensación estética a las pupilas incansables de beber esa visión, y vuelva al medio familiar, dirá a mis compañeros que hay aquí corazones trémulos de entusiasmo por los ideales nuevos, que fraternizan en el mismo respeto hacia lo grande y hacia lo bello, pero que saben también luchar denodadamente contra la rutina y por las causas excelentes!

GREGORIO BERMANN.

## Constitución de la Federación Universitaria Argentina

El acto de mayor trascendencia llevado a la práctica de muchos años ha, es el que se ha realizado por los estudiantes universitarios argentinos, al constituir, con base en esta ciudad, la Federación Universitaria Argentina.

De hoy en adelante los asuntos universitarios se debatirán en su seno, luego seguirán el trámite legal ante los poderes públicos. No habrá necesidad de ser tolerantes en extremo. La justicia la haremos nosotros mismos a todos los estudiantes universitarios argentinos, con los mismos derechos y los mismos deberes. Haremos revolucionar a la universidad argentina ubicándola en la prominencia que debe ocupar. Los estudiantes somos los únicos indicados para ello; digna cuenta de eso nos dan los de Córdoba, han echado alumbre a las turbias aguas del clero y el precipitado rodó aguas abajo. Y esas turbias aguas llegadas entre nosotros, comienzan a manifestar un mal, que será un bien para nuestra universidad, y que sigue creciendo...

En Buenos Aires a once días del mes de abril del año mil novecientos diez y ocho, siendo las seis pasado meridiano, el presidente en turno de la Federación Universitaria de Buenos Aires, don Guillermo J. Watson, reunió en la sala de la dirección de la revista del «Círculo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina» a los delegados: de la Federación Universitaria de Buenos Aires, doctor Osvaldo Loudet y don Gabriel C. del Mazo; de La Plata, don Carlos Lloveras y don Antonio G. Pepe; de la de Córdoba, don Horacio Valdés y don Gumersindo Sayago; de la de Santa Fe, don Humberto C. Gambino y don Paulino Pezzia; y de la de Tucumán, don Marcial R. Bugnón y don T. Passaportí, estando presente el miembro de la Junta Directiva de la Federación de Buenos Aires, enviado especial de ésta a Córdoba, don Gregorio Bermann y actuando el secretario de la misma Federación que suscribe. Y manifestó el señor Watson a los señores delegados: que la Federación Universitaria de Buenos Aires en cuanto al movimiento que es del dominio público, había

citado a las similares del interior para proponer la creación de un organismo que represente permanentemente a todos los estudiantes universitarios argentinos y de la conveniencia de que a la elaboración del proyecto que haya de formularse contribuyan los centros estudiantiles de las distintas ciudades universitarias. Agregó que, autor de la convocatoria a virtud del cargo que inviste, presidiría «ex officio» la reunión constituyente siempre que ello fuera de conformidad de los señores delegados. Habiendo manifestado sucesivamente las distintas delegaciones: que traían poder bastante de sus representados para resolver el asunto propuesto y que prestaban conformidad para tratarlo en esta reunión en la forma indicada por el presidente; éste designó al delegado por Buenos Aires, doctor Osvaldo Loudet como relator del proyecto de Federación Universitaria Argentina presentada por la de esta Capital, y seguidamente abrió la discusión. Este proyecto impreso en folleto, que corre agregado a esta acta, fué aprobado por unanimidad de las delegaciones presentes con las siguientes modificaciones adoptadas.

## Cambio de notas

«Estudiantes de Filosofía y Letras»: Mensaje a Julián Besteiro. — Buenos Aires, 1917.

Honra a los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires el bello gesto con que han adherido al movimiento en favor de Julián Besteiro, profesor de lógica en la Universidad de Madrid, condenado a cadena perpetua por motivos políticos. Sean cuales fueren las opiniones del profesor Besteiro, no podemos sino mirar con simpatía a todo hombre que sabe comprometerse y sacrificarse por sus ideales; y ya que es la posteridad, y no los contemporáneos, quien puede juzgar de la legitimidad de todo ideal que persigue un porvenir mejor, sólo podemos aplaudir el saludable ejemplo de carácter del profesor Besteiro. Para él no es la filosofía un entretenimiento profesional, ni una cavilación erudita, ni un camino para hacer carrera, ni un modo de disfrazar con palabras las creencias que es peligroso profesar; tampoco es un refugio para eludir los compromisos inherentes a la acción militante. Por todo ello le enviamos nuestro saludo amistoso al establecimiento penal de Cartagena y felicitamos a los discípulos de nuestra Universidad por el mensaje que a continuación transcribimos. — José Ingenieros.

«Buenos Aires, 29 de octubre de 1917. — Señor profesor don Julián Besteiro. — Universidad central, Madrid. — Distinguido profesor: El Centro estudiantes de filosofía y letras, haciéndose eco de la indignación que la afrenta inferida a la ciencia española, en uno de sus más dignos representantes, ha producido en el elemento estudiantil de esta casa, y movido por la convicción de que la bárbara sentencia que le ha llevado a la cárcel no es sanción social y jurídica de un acto delictuoso, sino el desesperado arbitrio de un gobierno impotente, rinde a usted el homenaje a que le hacen acreedor su labor científica y su sincera y batalladora acción en pro de las más caras conquistas del progreso.

Respetuosamente le saludamos. — Gregorio Bermann, presidente. — Joaquín Malmierca, secretario.»

«Julián Besteiro»: Respuesta al mensaje de los estudiantes argentinos.

Escrita ya la nota anterior, el presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras nos ha comunicado la siguiente respuesta:

Penal de Cartagena, 22, XI 1917.

Señor Presidente del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Mi distinguido amigo: La noble solidaridad que revela la carta que me han dirigido ustedes, sería suficiente para compensarme de cuantos males han deseado hacer caer sobre mí los enemigos eternos de la verdad y la justicia.

Como dije a la junta directiva del Ateneo de Madrid, cuando me hizo el honor de visitarme en la cárcel, les digo a ustedes también ahora, que merece la pena ser condenado a reclusión perpetua con tal de dar ocasión a que tan brillantemente se manifieste la elevación espiritual de los elementos intelectuales y universitarios.

El vigoroso movimiento de opinión que ha producido mi condena es seguro que obligará a rectificar los errores cometidos por los gobernantes; cuando nuevamente recobre la libertad volveré al cultivo de mi profesión y a la lucha por mis ideales, más entusiasta que nunca por el estudio y la difusión de los conocimientos, más amante que nunca de la ciencia y de la democracia.

Con mi saludo más cordial para todos los estudiantes de Filosofía y Letras de Buenos Aires, reciba usted el testimonio de mi sincera amistad.

Su aftmo. amigo.— Julián Besteiro.

«De la Revista de Filosofía», año IV, nº 1.

## Nuevo Decano

El doctor Rodolfo Rivarola, cuyo decanato terminaba con la clausura de los cursos universitarios del año pasado, ha sido designado Presidente de la Universidad de La Plata, honroso cargo que bien cuadra a la mentalidad descolante del Dr. Rivarola y a su reconocida capacidad para la dirección de los altos destinos de la enseñanza argentina.

Durante su actuación en nuestra Facultad, como Decano, se esforzó en todo momento, en fijar rumbos definitivos a la organización general de nuestros estudios introduciendo las indispensables reformas que la cultura del momento imponía. A más de la obra personal que como profundo pensador desarrolló, con el libro y en la cátedra, bajo su dirección pudo, nuestra Facultad, escuchar la palabra, último exponente de todo lo que significa filosofía, o literatura o ciencia, de pensadores eminentes de Europa.

Su preocupación constante ha sido la de elevar, siempre más, el concepto representativo de la Facultad y hacer que responda a los altos fines culturales a que está destinada. Para nosotros, particularmente, fué un severo y sincero amigo siempre dispuesto al consejo sano, a la incitación en perseverar en la lucha emprendida; su autorizada palabra ha sido la mejor garantía a nuestros esfuerzos, y no dudamos que, si muchos de sus proyectos directamente relacionados con nuestro porvenir como futuros egresados de la casa no han podido realizarse, no ha sido ciertamente por falta de empeño de nuestro Decano. Hay causas distintas que retardan esa realización y que, creemos, no es este el momento de discutir. Seguros estamos, y tenemos razones para ello, que, aun separado parcialmente de nosotros—el Dr. Rivarola continúa en la cátedra de Etica y Metafísica—siempre ha de velar con afecto y con un cierto interés por todos nuestros asuntos.

Le sucede el doctor Noberto Piñero, ya Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en un período anterior. Sabemos de los altos prestigios que auna el Dr. Piñero y de su decidida voluntad para la dirección de la Facultad; complacidos le saludamos y confiamos en que nuestras esperanzas, en él cifradas, han de verse completamente realizadas.

## Conferencias patrocinadas por el centro

La premura del tiempo no ha permitido a la C. D. iniciar el año pasado el ciclo de conferencias que había proyectado, tanto para ampliar el círculo de nuestros conocimientos, ponernos en con-

tacto con hombres y corrientes de ideas nuevas como para elevar el corazón de la juventud, según expresaba el manifiesto que lanzó con motivo de las elecciones de la actual C. D.

Para este año tiene preparado el Centro algunas conferencias que llenan ampliamente las finalidades mencionadas. Tiene prometida la cooperación de personas de alta condición intelectual, extranjeras y nacionales, entre las que se cuentan: El Dr. C. Vaz Ferreyra, quien disertará sobre problemas filosóficos contemporáneos; el señor Rey Pastor, sobre filosofía matemática; el Sr. Ernesto Nelson sobre nuevas orientaciones de la educación.

La doctora Alicia Moreau, bella personalidad femenina, que brilla con luz muy propia en nuestro ambiente, inaugurará este año las conferencias, disertando sobre «La Educación de la mujer y los problemas contemporáneos». La conferencia se efectuará el martes 24 del corriente a las 6.20 p. m. en el aula grande de la Facultad. A ella han sido invitadas las autoridades de la casa, los profesores, egresados y alumnos.

## Homenaje al Dr. Ambrosetti

Con el mayor entusiasmo se están ultimando los últimos detalles para el proyectado homenaje a nuestro malogrado profesor, el doctor Juan Bautista Ambrosetti. A los adherentes, cuyos nombres publicáramos en el número anterior de esta revista, hay que agregar muchos nuevos y, además, se espera concordar con el homenaje que, con idéntico propósito, ha proyectado la facultad. Nuestro nuevo decano, el doctor Norberto Piñero, fundador del museo del cual fue director, por más de diez años, el doctor Ambrosetti, ha de ver muy complacido nuestra aspiración y ha de prestar su valioso concurso para su realización, pues sabemos de la estima y del afecto que lo unía con el pundonoroso y eximio ex director.

---

## Bibliografía

### UNA TESIS GEOGRAFICA—

LAVELLI (Artemia V.) «1917». — La habitación aborigen en la República Argentina, del punto de vista de la Geografía Humana. Tesis presentada para optar al título de Profesora de Historia. — Buenos Aires, *Talleres Gráficos «Optimus» A. Cantiello*. 1 vol., in-8º (27 × 18 cm.); 88 pág.; rúst.

La nueva tendencia de los estudios geográficos, encabezada por el insigne Jean Brunhes, gana prosélitos, está triunfando; ella inspira la enseñanza que se imparte en el segundo curso de nuestra casa y decide a varios autores de libros didácticos a adoptar títulos como el siguiente: «Geografía física y humana de...». Esta denominación de «geografía humana» que sorprende a unos, hace sonreír a otros e intriga un poco a todos, cuando se oye por primera vez — como si se tratara del estudio de las diferentes regiones (partes) del cuerpo humano — no ha arredrado a la autora de la tesis que acaba de ser publicada.

Jean Brunhes, en su conocida obra fundamental, clasifica así los hechos esenciales de geografía humana:

a) Primer grupo: Ocupación improductiva del suelo — la vivienda y el camino;

b) Segundo grupo: Ocupación productiva del suelo (conquista vegetal y animal, — cultivos y ganadería;

c) Tercer grupo: Economía destructiva — devastaciones vegetales y animales, explotación minera (1).

En lo referente a la vivienda (considerada como hecho de superficie) caben, entre muchas, las siguientes preguntas. — Obra cit.; pág. 96 y sig. —:

¿Dónde está? (zona geográfica);

¿Cómo está construída? (forma geográfica);

¿Hasta dónde llega? (límite geográfico);

¿Qué será de ella? (porvenir geográfico).

El estudio de la vivienda resulta muy interesante si se relaciona con el ambiente, para descubrir hasta qué punto depende de éste. El método de investigación es bastante fácil: estudio somero del aspecto particular de la región (modelado del terreno, hidrografía, climatología, mineralogía,

(1) BRUNHES (Jean).—1912—«La Géographie Humaine. Essai de classification positive, principes et exemples. 2éme. édition.—Paris, Félix Alcan, pag. 59

flora y formaciones fitogeográficas, fauna); estudio detenido de la vivienda (forma, materiales constructivos, orientación, ubicación según los accidentes topográficos); conclusión (notar el enlace entre la vivienda y el medio indicado). En la República Argentina, fácil resulta la investigación si tiene por objeto la habitación aborigen (histórica y prehistórica), debido al buen número de obras serias sobre arqueología y etnografía que presentan suficientes datos de juicio; menos fácil resulta la tarea si la investigación se dirige a la época actual, por cuanto menos abundantes son los datos existentes en las obras de índole general como especial, por haberse descuidado hasta ahora este aspecto geográfico. En efecto, abundan las vistas de edificios monumentales, de mansiones señoriales, de oficinas públicas, de templos, de estaciones, etc., pero todas éstas son viviendas demasiado suntuosas y pueden tomarse como valiosos exponentes de belleza arquitectónica y de bienestar económico; para nosotros carecen en absoluto de valor; necesitamos vistas de la habitación típica regional y no de la casa de las ciudades populosas en cuya construcción consúltanse tan sólo el capricho y el buen-mal gusto del constructor y del dueño, jamás o raras veces entran en juego las necesidades peculiares de la región. El elemento civilizado perturba demasiado las condiciones naturales, se impone al medio y lo modifica, no siempre de modo conveniente; el elemento menos culto depende más de la naturaleza, sus actos están determinados directamente por el ambiente, por lo tanto, aquí los hechos de geografía humana se presentan más claros, más nítidos.

La señorita Lavelli divide el territorio argentino en cinco regiones físicas.

*El Noroeste.* — Predomina el terreno montañoso bajo el aspecto de elevada meseta en la puna y de largos valles en el Este y Sur; escasa y raquítica es la vegetación; pobre la fauna; deficiente la lluvia, de tal modo que los indígenas — casi todos sedentarios — tuvieron que esmerarse constantemente para aprovechar lo más posible las adversas condiciones naturales, con el objeto de satisfacer sus necesidades de vida. Dedicados a la agricultura y poseedores de una cultura digna de nota, constituyeron centros habitados de no escasa importancia.

En la parte montañosa, donde abundan las piedras éstas constituyeron el principal elemento de construcción. «Es interesante que estudiemos la forma geográfica de estas habitaciones — Lavelli, pág. 30/1 —, para darnos cuenta, cómo el medio físico y el hombre se ayudan mutuamente; efectivamente, nuestros indígenas han utilizado cuanto los tres reinos les podían ofrecer, y estos materiales fueron: piedras mica-esquistosas y cantos rodados, para las paredes de sus habitaciones; para las puertas, (aunque de ellas no se han hallado más que algunos dinteles) han empleado la madera del algarrobo o de los típicos cardones; además han utilizado las pieles de animales para hacer con ellas ligaduras, para atar maderas en sus construcciones.

«La forma particular de dichas habitaciones fué cuadrada o bien



Mapa de las regiones físicas  
de la R. A., de acuerdo con  
los tipos de vivienda aborigen

M. 1910

rectangular, aunque algunas, pero pocas veces, se hallaron de tipo redondo». Se emplearon tres clases de piedra: piedra bruta (pirca), piedra baja, canto rodado. Las construcciones podían tener fines especiales, como también formas particulares: la vivienda o casa, la construcción de carácter militar (sobre cerros empinados y posición estratégica), el depósito de granos.

«En la región de los llanos, donde el material de piedra se conseguía con cierta dificultad, fué substituído por substancias vegetales y la habitación se construyó con ramas, troncos, [adobes]... este tipo de construcción se llama «ramada» y los puntos en donde se halla con preferencia son: los valles bajos de las provincias del Oeste y con especialidad los llanos de La Rioja». Pág. 37.

«En cuanto a los techos... parece han consistido en barro amasado, colocado sobre ramas y mezclado con otras substancias vegetales, como: paja, juncos, etc.; su espesor parece no ha excedido los 0,20 centímetros (*sic*); esta práctica que perdura aún en el interior, se denomina *tortear*». Pág. 38.

Los indígenas tuvieron en cuenta la orientación más apropiada; así, en la quebrada de Humahuaca, las viviendas están dirigidas hacia el Sur para estar al abrigo de los molestos vientos del Norte (pág. 44).

«La entrada de estos edificios... está orientada sin excepción al este...». «La característica de todas estas construcciones [Angualasto] es que sus puertas de acceso miran sin excepción al este. De tal manera se defendieron los antiguos habitantes contra los vientos inclementes que soplan en la comarca y muy raramente por el cuadrante que indican las puertas de las viviendas. Todas las poblaciones de nuestros valles andinos han tenido muy en cuenta la dirección de los vientos en la orientación de sus edificios» (1).

*Región de las selvas (Chaco).* — El terreno es llano, suavemente inclinado hacia el Esté y cubierto por selvas en grandes extensiones; abundantes son las lluvias que alimentan el caudal de varios ríos importantes y de un sin número de esteros y bañados; la vida se manifiesta muy lozana. Los indígenas viven en pleno estado salvaje; no tienen residencia fija, se detienen en un punto el tiempo suficiente que requieren sus escasos cultivos, las necesidades de la caza o su seguridad. En el Chaco «se ha hallado únicamente la habitación construída con madera, pero tan primitiva que en ella entraban a placer: el frío, calor, lluvia y demás agentes atmosféricos.

«En esta región, los materiales constructivos empleados han sido: ramas de árboles, bejucos y paja.

«El armazón lo formaban unas cuantas ramas delgadas o bejucos, plantadas en el suelo; luego esas ramas las tomaban por su parte superior y las ataban centralmente, colocando sobre ellas manojos de paja

(1) DEBENEDETTI (Salvador).—1917.—«Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan.—Buenos Aires. Pág. 137/8.

y hojas; a un lado dejaban una pequeña abertura que apenas les permitía pasar agachados». Pág. 51.

El carácter precario era consecuencia natural del material existente a su disposición y del nomadismo; la vivienda no tenía necesidad de ser muy resistente porque se desocupaba al poco tiempo; se construía generalmente en el linde del bosque, como medida de precaución, en caso de ataque hostil.

*Región del Litoral (Mesopotamia).* — Aquí también el terreno es llano, abundan las lluvias, los cursos de agua y la vegetación es lozana. Los datos sobre la vivienda son escasos para la parte Sur, muy copiosos para la parte Norte, en lo referente a los indios caingúas (Misiones). «... tenían dos maneras de construir: unas habitaciones eran más bien provisorias, es decir, las construían cuando viajaban y debían estacionarse temporáneamente en un punto cualquiera... consistían en troncos y ramas de palmeras que plantaban en el suelo; sobre las mismas colocaban cantidad de hojas para formar el techo y era éste, tan inclinado que casi tocaba el suelo; y por lo general ellos también las construían al linde de los bosques.

«Pero sus habitaciones de carácter estable, las levantaban en el interior de las selvas, protegidos por los grandes árboles; elegían un lugar cerca del agua;... Las paredes las constituían troncos de árboles cooleados verticalmente unos al lado de otros; a su vez cruzaban estos troncos con cañas tacuaras, aseguradas con ramas de lianas o isipó. Las paredes citadas eran cubiertas con una capa de barro rojo, característico del suelo». Pág. 57.

*Región de los llanos (Pampa y Patagonia).* — En la parte septentrional (esencialmente llana) las lluvias disminuyen a medida que se procede hacia el Oeste; en la meridional (mesetas escalonadas de la Patagonia) el fenómeno es inverso. Los árboles son escasos, menos en la zona cordillerana. En región tan dilatada vivían varias tribus trashumanteras, de nomadismo ingénito y en estado completamente salvaje, dedicados a la caza, al pillaje y a la lucha guerrera.

Emplearon como materiales constructivos la madera y el cuero del guanaco y del caballo; tenían viviendas de verano y de invierno. Las primeras «eran sumamente sencillas: plantaban unos ocho palos, de una altura de uno a dos metros que clavaban en el suelo en dos series, siendo más bajos los posteriores.

«Sobre ellos colocaban una manta de cuero, que generalmente era fabricada con tiras de piel de guanaco, entrecosidas o atadas; esta manta caía por el suelo hacia los dos costados y hacia atrás, siendo asegurada al mismo por medio de gruesas piedras, y por una abertura que dejaban en la cara que daba al Este. Ellas eran levantadas a poca distancia unas de otras, y siempre en lugares cercanos del agua, formando campamentos de 5 a 30 personas». Pág. 66/7.

Las de invierno tenían dimensiones de 3 a 4 veces mayores.

*Archipiélago magallánico.* — Las onas (habitantes de la Tierra del Fuego) viven de la caza y vagan por los bosques y zonas privadas de vegetación. Construyen sus viviendas clavando en el suelo troncos o ramas uniendo sus puntas; este armazón se cubre con pieles de guanaco o con paja; jamás las establecen en parajes donde puede caer nieve.

Los estrechos y canales australes están ocupados por dos tribus de navegantes (yámanas y alacalufes), dedicados a la pesca y que pasan la mayor parte del tiempo en sus embarcaciones construídas con troncos socavados o con la corteza del haya, por cuanto las maderas abundan mucho. Establecen la vivienda a orillas de los canales; toman ramas, las clavan en el suelo y unen con sus extremidades encorvándolas, el conjunto toma una forma cónica; sobre las ramas colocan ramitas, pieles, hojas secas; la entrada es sumamente pequeña, permite difícilmente el acceso.

---

Se llega a una conclusión: la vivienda aborigen, en su situación, orientación, solidez, forma y duración es una consecuencia directa de los materiales disponibles, del modelado geográfico, del clima y demás condiciones naturales que constituyen el llamado *medio*. En este hecho de geografía humana estamos en presencia de una verdadera adaptación, de un indiscutible mimetismo humano.

---

*Deficiencias:* El informe de Niklison sobre los tobas publicóse en forma de folletín en «La Nación» (1º a 14 de junio de 1916) y no en «La Prensa». Demasiado grande es el número de errores de imprenta. La redacción es bastante obscura, el estilo es duro, mala la puntuación. No comprendemos esta oración (habla de la parte nordeste de la Tierra del Fuego): «Allí abundan los montecillos, cubiertos de verdes pastos, la *lujuriosa vegetación tropical* cambiando por completo el panorama del suelo». Pág. 72.

---

La tesis de la señorita Lavelli constituye el primer ensayo metódico de geografía humana que se intenta en la Argentina. La exposición es sistemática, bien ordenada, las conclusiones se desprenden naturales y fáciles.

\*  
\* \*

## ARQUEOLOGÍA SANJUANINA

DEBENEDETTI (Salvador).—1917.—Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la Provincia de San Juan. — Buenos

Aires, «Facultad de Filosofía y Letras». Publicaciones de la Sección antropológica, N.º 15, 1 vol., in-8º (28x19); 184 pág.; 105 fig. en 10 lám. + 1 m. f. t; rúst.

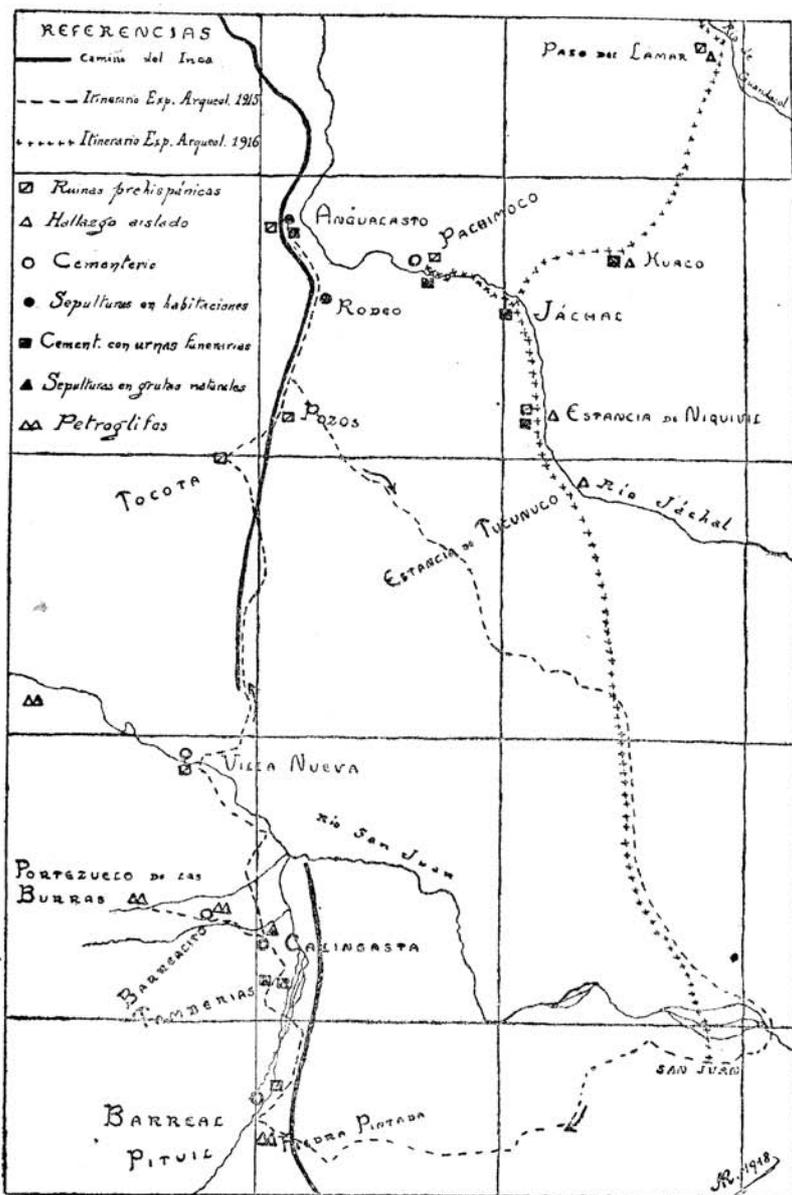
Las publicaciones de carácter arqueológico se suceden con bastante frecuencia; la arqueología argentina cuenta ya con una bibliografía bien nutrida, abundan los estudios nacionales y extranjeros que han explorado inteligentemente el suelo patrio, movidos por el interés de descender el velo que cubre la época precolombina, acudiendo a los restos materiales, únicos documentos con que puede contarse en vista de no existir escritos indígenas para construir la historia y ser deficiente la proto-historia.

La zona del Noroeste, en la parte andina y en la precordillerana, ha sido muy estudiada y con resultados más que satisfactorios; esta afirmación está corroborada por el material valiosísimo extraído y acumulado en distintos museos; en realidad de verdad, es la zona que más se presta para hacer proficuas excavaciones, por cuanto aquellos indígenas, sedentarios y de cierta cultura, han dejado restos en todas partes; sería ridículo pretender algo análogo de las trashumantes tribus pampeanas. La arqueología sanjuanina estaba relegada a los datos bastante confusos de pocos cronistas de la conquista, a las escasas y no siempre exactas noticias suministradas por Sarmiento (*Recuerdos de Provincia*) y a las diversas publicaciones de Desiderio Aguiar que, a pesar de presentar buen cúmulo de informaciones, no pueden tomarse muy en serio por carecer de criterio científico estricto y estar escritas con harta ingenuidad. La obra del doctor Debenedetti es el resultado de las investigaciones realizadas en los valles preandinos en el curso de dos expediciones (último trimestre de 1914 y verano de 1916).

Una parte importante del material recogido ha venido a enriquecer el abarrotado museo de nuestra facultad y consta de fósiles, cacharros de distintas formas y decorados, muchas clases de utensilios de metal o de madera: cucharas, pinzas, crisoles, tembetá, calabazas, instrumentos musicales, etc.; tejidos.

*Camino del Inca.*—En las provincias andinas, es frecuente oír hablar de rutas indígenas, de restos de los afamados *caminos del Inca*, a veces, verdaderos, otras veces falsos. Debenedetti ha podido seguir por muchos kilómetros, y darnos el trazado de uno de estos caminos que, según la tradición local, remonta su construcción a los Incas y lleva precisamente el nombre de camino del Inca. Sin embargo, no se trata más que de una senda indígena algo ampliada que mide dos metros de anchura; sigue, a menudo, la línea recta, confundiéndose a trechos con el camino actual, mientras que, en otros puntos, está abandonado y se nota difícilmente su trazado. No debe creerse que se trata de un verdadero camino del Inca por las razones siguientes:

En los países andinos se transportaban las cargas con recuas de llamas, animales típicos de la región que no pueden soportar las inclemen-



CARTA ARQUEOLÓGICA DE LOS VALLES PREINCAS DE SAN JUAN, según DEBENEDETTI

cias de las terribles *travestas* si se les obliga a hacer largas etapas; las jornadas no pueden exceder de cuatro leguas; por lo tanto era menester que, a lo largo del camino, a la distancia máxima de cuatro leguas, hubiera posadas o *tambos* para el descanso. Debenedetti, excepción hecha de las *tamberías* de Barreal, no ha encontrado ningún otro vestigio en trayectos que, a menudo, miden de 30 a 35 leguas, distancias que suponen unas ocho jornadas por comarcas desiertas. Además, el ancho constante de dos metros no concuerda con el de 25 pies que Ovalle asigna a los de su época. En resumen, el camino en cuestión es una senda indígena que no reúne las condiciones de las admirables rutas incaicas cuyas vestigios se encuentran en más de una provincia del antiguo imperio peruano (pág. 38-42).

*Otros hallazgos.*—El material antropológico ha sido abundante; Debenedetti pudo dar con la ubicación de algunos enterratorios que suministraron detalles interesantes. En Calingasta hay:

a) inhumaciones en grutas naturales;

b) inhumaciones individuales y colectivas en grutas elípticas.

En una gruta situada en la base de una loma aluvional, hallóse la momia de una joven en perfecto estado de conservación que ahora puede verse en nuestro museo; resultaría demasiado extenso dar detalles al respecto (pág. 46, 51).

Algunos restos de cultivos están indicando claramente que varias regiones han sufrido un proceso peiorativo, un cambio de terribles consecuencias: el agotamiento de las vertientes. Ante un hecho tan ingrato, los pobladores han tenido que retirarse paulatinamente, establecerse en otros puntos o perecer miserablemente; el triste problema del agua no es de hoy, ya para las poblaciones precolombinas ha constituido un espectro; de ahí se derivan las diferentes prácticas religiosas encaminadas todas *ad petendam pluviam* para los sitibundos habitantes (pág. 131).

No muy complicados, pero numerosos son los petroglifos o piedras pintadas.

*Conclusiones* (pág. 183-4).—«Del estudio realizado en las distintas localidades arqueológicas de los valles preandinos de la provincia de San Juan, anotamos las siguientes observaciones generales:

«1º Abrumadora frecuencia de petroglifos, ya en las proximidades de los lugares poblados por las gentes prehispánicas de la comarca, ya en regiones aisladas, en plena cordillera andina. Sólo en Pachimoco no se han descubierto petroglifos.

«2º Mal estado de conservación de las ruinas que aun quedan en pie, lo cual hace imposible en muchos casos la determinación de los caracteres de las construcciones.

«3º Dos tipos de construcciones: de piedra o *pircas* en Barreal, Tocota, Los Pozos y Paso del Lámar; de barro y adobes en Calingasta, Angualasco, Chinguillos y Pachimoco. Las primeras de forma rectangular; las segundas de esquinas redondeadas lo cual les da un aspecto que, a primera vista, parece circular.

«4º Ausencia de cementerios definidos a excepción del vasto osario descubierto en Angualasto.

«5º Entierros de niños en urnas y en grandes platos distribuidos en las proximidades de las antiguas viviendas. Raramente se encuentran sepulturas en el interior de los edificios.

«6º Entierros de adultos en grutas en Calingasta y Rodeo y en recintos abovedados intencionalmente en Barrealito. En algunos sepuleros los esqueletos estaban rodeados por gruesos troncos de árboles, dispuestos en círculo.

«7º Descubrimiento de tipos constantes de alfarerías en la cuenca del río de los Patos, por una parte y, por otra, en la del río de Jáchal, debiendo descartarse en absoluto la cerámica que ha sido llamada de *tipo Calingasta*.

«Del estudio comparativo del material arqueológico exhumado en nuestras exploraciones, arribamos a las siguientes conclusiones generales:

«1º Semejanza cultural entre la región preandina de San Juan y la región diaguito-calchaquí, demostrada por las prácticas funerarias, la cerámica, los artefactos de metal, los petroglifos y demás restos arqueológicos.

«2º Presencia de alfarerías polieromas y utensilios prehispánicos análogos a los descubiertos allende la cordillera, en Coquimbo, Freirina, Copiapó y en algunas localidades de Bolivia, demostrando de manera evidente un activo intercambio entre los activos pueblos de ambas laderas de los Andes.

«3º Los valles preandinos de la provincia de San Juan marcan hasta este momento el límite más meridional conocido de la dispersión de la cultura diaguito-calchaquí.»

R. ARDISSONE.

---

## PUBLICACIONES RECIBIDAS

---

*La Nave*, año II, entrega 19 a.

*Mitteilungen* aus der Medizinischen Fakultät der Kaiserlichen Universität zu Tokio (Comunicaciones de la Facultad de Medicina de la Universidad Imperial de Tokio), Tomo XVII, cuaderno 3 y 4.

*Revista Dental*, Habana, Vol. X, N.º 11.

- Revista de Seguros*, N.º 6.  
*Revista del Centro Estudiante de Agronomía y Veterinaria*,  
año IV, N.º 15.  
*Revista del Centro Estudiantes del Profesorado Secundario*,  
año IV, N.º 15.  
*Revista del Centro Estudiantes de Ingeniería*, año XVIII, N.º  
187 y 188.  
*Revista de Ciencias Económicas*, año VI, N.º 55.  
*Revista Universitaria*, Lima, año VII, Vol. II, contiene, entre  
otros, los siguientes trabajos notables:  
A. O. Deustna: Las ideas de orden y libertad en la historia  
del pensamiento humano». Alberto Ulloa Sotomayor: «La organiza-  
ción social y legal del trabajo en el Perú». Alberto Ballón Landa:  
«Los hombres de la selva». Javier Prado: «El genio de la lengua y  
de la literatura castellana.  
*Vargas*, Caracas, Año VIII, N.º 20.

J. P.

## A los socios

---

*Al distribuir el último número de esta revista a los socios. hemos adoptado el criterio de no entregarla a los que estuvieran atrasados en más de 3 meses con sus cuentas. Esta medida que ha producido algunos disgustos, era sin embargo necesaria. Si los socios quieren pretender que la revista salga regularmente, es indispensable que paguen regularmente sus mensualidades. Para que se vea con claridad cuán lejos estamos de este ideal daremos los siguientes datos:*

*El día 5 de abril habían pagado sus cuotas*

9	hasta	febrero	1918
19	»	enero	id.
18	»	diciembre	1917
15	»	noviembre	id.
26	»	octubre	»
18	»	setiembre	»
11	»	agosto	»
4	»	julio	»
5	»	junio	»
2	»	mayo	»

*Esto significa que existe, debiendo tener el Centro una entrada mensual de \$ 125.—c/l. de los socios activos, una suma de \$ 675.—en mensualidades atrasadas! Salta a la vista que un tal estado de cosas debe entorpecer seriamente el desenvolvimiento financiero del Centro.*

*Por otra parte es menos oneroso para los socios abonar la modesta suma de UN PESO cada mes, que tener que oblar luego CINCO a DIEZ PESOS en una vez. El cobrador debería además entrar sólo en función para cobrar a «deudores morosos» o socios que vienen sólo muy raramente a la Facultad. Los socios que acuden siempre, deberían pagar en el local del Centro para economizar a éste el 15 % de comisión que recibe el cobrador, importe que merma todavía más las ya bien reducidas entradas del Centro.*

*Después de este pequeño desahogo, que se nos perdonará si parece más propio de «Ciencias Económicas» que de «Filosofía y Letras», advertimos a los socios que no se les enviará más la revista por correo, sino que deberán acudir al local del Centro para retirarla.*

*A los socios que no concurren regularmente a la Facultad, rogamos avisen a esta administración para que se les envíe la revista a su domicilio.*

*EL ADMINISTRADOR.*

---

## SECCION OFICIAL

---

Con la publicación de esta nota damos por terminadas nuestras gestiones en la convicción de que hemos hecho labor de saneamiento y de profilaxia en la casa a que somos tan afectos.

Buenos Aires, Marzo de 1918.

Señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

De nuestra mayor consideración:

Los estudiantes de Filosofía y Letras hemos sido hondamente afectados en ocasiones diversas por lo que conceptuamos ligereza o parcialidad de algunos profesores, examinadores de la casa. Esas fallas, inherentes a toda institución educacional, no han hallado hasta ahora expresión suficiente; pero hoy, ante un conjunto de hechos que hacen rebasar los límites de lo dignamente tolerable, nos apresuramos a ponerlos en conocimiento del señor Decano, a fin de que transmitiéndolos al H. Consejo Directivo, ponga a salvo el decoro de la Facultad, y haga justicia, de lo que tanto se ha preocupado siempre.

El hecho sobre el que llamamos la atención del señor Decano es indudablemente sintomático de un hábito nada sano; su comprobación es dolorosa y desmoralizadora para los alumnos, pero más lo fuera guardar silencio, propendiendo así a que el mal cunda.

Los exámenes del señor Manuel María Oliver constituyen el hecho concreto a que nos referíamos. Si en su detalle hay algún dato incierto de los que motivan esta nota — toda ella hecha a base de informes recogidos muy escrupulosamente entre los alumnos y en secretaría — en su conjunto forman un cúmulo de pruebas que evidencia bien las irregularidades habidas. Estas se notan mejor en los exámenes de idiomas, sobre

los que daremos escuetos informes. Dicho señor rindió examen de Griego 1º y 2º ante una mesa especialmente constituida (para él) por los señores Wechsler, Toro y Gómez y Moliné en la tarde del 12 de Diciembre de 1916, mañana del día en que numerosos alumnos habían rendido examen de dicha asignatura. El doctor R. Martini, profesor de la materia, no formó parte, como durante la mañana, de la mesa; es conveniente hacer notar que el señor Martini, profesor cuya rectitud es notoria, no formó parte de ninguna de las mesas de idiomas en que él ha rendido examen. Varios alumnos que han presenciado dichos exámenes atestiguan que el señor Oliver no respondió satisfactoriamente a preguntas tan elementales como la de escribir el alfabeto griego y sin embargo fué aprobado con 6 puntos en Griego 1º y 2º.

En Latín 3º, ante una mesa constituida por los profesores señores Cranwell, Toro y Gómez y Moliné, se le hizo leer la oda A postumo, de Horacio, en latín, poesía que leyó deletreándola casi, sin escadir; no tradujo nada, a pesar de que la materia del curso era sobre todo gramática; hízosele luego disertar sobre Horacio, *en castellano*, por todo lo cual se le clasificó de sobresaliente.

En Literatura Latina, a pesar de haberse formado ese mismo día (11 Diciembre 1917) una mesa de que formaba parte el profesor Martini, el señor Oliver dió examen, él solo, ante una mesa especial formada por los señores Capello, Wechsler y Moliné. Dicen algunos alumnos que era evidente que había aprendido el párrafo sobre el que dió examen; sacó 10 puntos.

Fué citada la mesa de Literatura Castellana el 6 de Diciembre de 1917. Se levantó la mesa y media hora después de haberse retirado el doctor Oyuela, profesor de la materia y severo examinador, y reemplazado que se le hubo con el señor M. Nirenstein, se le llamó a dar examen; sacó 9 puntos.

El señor Oliver publicó días antes de dar examen de Estética (Diciembre 1º de 1917) un artículo en un semanario de la capital (Caras y Caretas) sobre la «Estética de Schopenhauer». Se le pidió que diera examen sobre este punto, terminado el cual, apenas se permitió que el profesor de la materia, doctor Morel, interrogara al alumno. Sacó 10 puntos. En cambio en Historia de la Filosofía, dicho señor sufrió de obnubilación intelectual, por lo que no se le tomó en cuenta ni se clasificó su examen.

Estos son, señor Decano, los hechos a que hacíamos referencia; ellos exigen una pronta y enérgica reparación. Es innecesario hacer notar cuán carentes de animosidad estamos al elevar esta nota, cuyo envío ha sido aprobado por unanimidad por la C. D. que me honro en presidir; por el contrario, ella da fe de la profunda estima e interés que a la casa tenemos, de la noble intención de purificar. Lo comprueba que la C. Directiva haya resuelto mantener reservada esta nota hasta tanto el H. C. D. haga cumplida justicia.

Nos permitimos llamar también la atención del señor Decano acerca de los exámenes de ingreso cuya reglamentación y seriedad dejan mucho que desear.

Saluda a usted con el mayor respeto

Por el Centro

Por la Comisión investigadora

GREGORIO BERMANN,

JUAN PROBST.

Presidente.

(1) Con la misma unanimidad con que se resolvió elevar esta nota al Consejo Directivo, y mantenerla reservada hasta tanto no se haga cumplida justicia, la Comisión Directiva resolvió publicarla en VERBUM, a fin de hacer conocer a nuestros condiscípulos su contenido.

Debemos declarar que el señor Decano y el Consejo Directivo se han ocupado de su contenido y mediante una somera investigación hecha a base de informes recogidos de una sola fuente — algunos profesores — resolvió dar por terminada esta cuestión, negando algunos de los fundamentos de la nota y haciendo abstracción de los demás, los principales. Será fácil comprender que se llegue a conclusión tan opuesta a nuestras comprobaciones después de la explícita y previa declaración del señor Decano de no ser posible quebrantar la disciplina de la casa. La respuesta ya está dada tácitamente en la nota: la indisciiplina y el error no son de exclusivo monopolio estudiantil, y hay que evitarlos donde quiera que estén. Comprendemos perfectamente la situación de nuestras autoridades, que a pesar de sus buenas intenciones no quieran profundizar una cuestión tan ingrata para todos. Pero ello no justifica su actitud.

Se nos ha respondido también que las sanciones de la índole solicitada, no entraba en las atribuciones del C. Directivo. Si no reparaciones, por lo menos era necesario delimitar responsabilidades, lo que no se ha hecho. Y aún mismo con respecto a los actos de justicia que puedan realizar las autoridades, véase lo que para un caso idéntico al nuestro expresan los estatutos de la Universidad de La Plata. Los Consejos Acedémicos, entre otras funciones a su cargo, que comparte con el Decano el gobierno interior, didáctico, disciplinario y administrativo, son «responsables de la preparación que ellos (los alumnos) obtengan en sus aulas y de las tolerancias o complicidades que se descubriesen en las pruebas parciales o finales de los estudios». (*Digesto*, pág. 12, art. 13.) Actitud previsora e inteligente ésta que especifica con toda claridad el radio de su acción, y creemos que en este caso bien podía aplicarse el mismo razonamiento.

Nos ha objetado el señor Decano algunas de las afirmaciones hechas en la nota. Nos ratificamos cuanto en ella hemos dicho. No es aspira-

ción nuestra entrar en polémica con profesores y autoridades, pero declaramos que hemos comprobado rigurosamente la verdad de lo afirmado.

A raíz de la nota se ha hecho circular la noticia de que los exámenes iban a ser más severos. El señor Decano nos dió cumplida satisfacción prometiendo que en el futuro los exámenes se harían con toda justicia. Hay que hacer, pues, el distinguo entre severidad y justicia, y creemos que es innecesario definir ambos términos.

---

## Actas del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

---

### 9ª. Sesión ordinaria del 23 de Marzo de 1918

Presentes: Bermann, Salthú, Rodríguez de Mendoza, E. Deseo, Sain Martín, Figueredo, Icart, Casinelli, Malmierca, Acosta.

—1.º Conferencias patrocinadas por el Centro: el presidente hace saber que se ha entrevistado con los profesores: Rey Pastor, Vaz Ferreira, Ernesto Nelson, Dra. Alicia Moreau a objeto de solicitarles conferencias a darse en la Facultad.

—2.º Asunto exámenes Sr. Oliver: el presidente informa sobre la nota elevada al señor Decano.

—3.º Próximas elecciones: se nombra a los señores Malmierca, Sta. Salthú, Rodríguez de Mendoza, para que confeccionen el padrón correspondiente; se resuelve dar también representación a los egresados y a los que siguen profesorados especiales.

—4.º Reformas Estatutos: se nombra una comisión compuesta por los señores Acosta y Suarez Anzorena para que efectúen un estudio sobre las reformas a adoptarse.

### 10ª Sesión ordinaria del 9 de Abril de 1918

Presentes: Bermann, Malmierca, Casinelli, Anzorena, Rhode, Acosta, Figueredo, Salthú, E. Deseo, Icart, Saint Martín.

—1.º Se lee el acta de la sesión anterior y se observa la omisión de enviar una nota al Consejo Directivo solicitando exámenes en Julio próximo.

—2.º Huelga de estudiantes cordobeses: el presidente informa sobre la actitud altamente simpática y moralizadora en pro de los derechos universitarios, e invita a la C. D. al mitin a celebrarse en la Federación el 11 del corriente.

—3.º Conferencias patrocinadas por el Centro: el presidente informa que el 23 del cte. la doctora Alicia Moreau dará la primer conferencia sobre «La educación de la mujer y los problemas contemporáneos».

—4.º Padrón electoral: se resuelve amnistiar a los socios morosos para que figuren en el padrón, se incluye en él todos los socios que tengan pago el mes de Noviembre.

### *IIª Sesión ordinaria del 18 de Abril de 1918*

Presentes: Bermann, Bontempi, Casinelli, Malmierca, Figuero, Roncoroni, Rodriguez de Mendoza, E. Deseo, Saint Martin, Suarez Anzorena.

1.º El Presidente informa que el Sr. Decano prometió remitir a la resolución del Consejo Directivo la nota respecto a los exámenes Sr. Oliver.

2.º Se aprueba el padrón cerrado el 10 de Abril.

3.º Se convoca a elecciones para proveer los cargos de la C. D. para el 24 de Abril próximo.

L. A. BONTEMPI  
Secretario

G. BERMANN  
Presidente



# LISTA DE SOCIOS

## SOCIOS PROTECTORES

Dr. Anargiros Pastor	Dr. Montes de Oca Manuel A.
Dr. Capello Francisco	Dr. Morel Camilo
Dr. Cranwell Ricardo E	Dr. Obligado Rafael
Dr. Debenedetti Salvador	Dr. Oyuela Calixto
Dr. García Juan A.	Dr. Peña David
Dr. Juliáñez Héctor	Dr. Piñero Horacio
Dr. Lehmann Nitsche R.	Dr. Quesada Ernesto
Dr. Matienzo José Nicolás	Dr. Ravignani Ricardo
Dr. Matienzo Agustín N.	Dr. Rodríguez Etchar Carlos
Dr. Martini Rómulo	Dr. Rivarola Rodolfo
Dr. Rojas Ricardo	

## SOCIOS ACTIVOS

Acosta Demetrio	Camaño Francisco
Aguilera Ramos Zulema	Carretero Diego
Alberini Coriolano	Casares Tomás D.
Almeida Pedro	Cassani Dolinda
Alzú Juana	Cassinelli Juan M.
Antinori Silva Amalia	Clara Dolores M.
Aparicio Francisco de	Coda Josefina
Araujo Rolando Eduardo	Confaloneri Orestes
Ardissone Romualdo	Conrado Raúl
Arrizabalaga María M.	Copello Amelia
Ascoaga Eulogia	Cosa Luisa
Baima Margarita	Courtade Ida S.
Balán Celina	Crivelli Arnoldo
Barni Alberto	Ćuccaro Jacinto J.
Benítez Carolina	Cúneo A. Santiago (hijo)
Benítez Soledad	Dantas Lacombe Mercedes
Bergara Dolores	De Alberti David
Bergman Rosa	Deseo Emilia
Bermann Gregorio	Deseo Píldes O.
Bistoni Clara	Deymonnar Esther A.
Blanco Beatriz	Diard Inés J.
Blasetti Juana	Eiras María Luisa
Bogliolo Carlos	Fernández Lima Manuela R.
Bonehil Esther	Espinack Arón
Bontempi Luis	Falcón Luis
Bossi Ana	Ferrer Susana A.
Bregante Olidia	Figueredo María E.
Bronstein León	Figueroa Julia
Brugnoti Matilde	Fíol María
Caballer Ada	Fleury Estanislao
Calabrese Juan M.	Franceschi Alfredo
Carranza Oviedo E.	François Enrique

Gil Montero Rosendo  
 Girard Eulalia  
 Goldney Clifton Gregorio  
 González Carlos  
 González María Teresa  
 Goñi José  
 Granada J. Angel  
 Guasch Leguizamón Jorge  
 Guillón Luciana  
 Guerrero Luis Juan  
 Halperin Gregorio  
 Hamnewarh Rosalía E.  
 Icart Elena  
 Jimeno Padilla S.  
 Josch Octavia  
 Juliano Nicolás  
 Korn Villafañe Adolfo  
 Lasca Virgilio  
 Lagorio Amelia  
 Lapido Manuel  
 Lemos Carmen  
 Listar Néctor  
 López María A.  
 Luna Juana  
 Magaldi Agustín  
 Malmierca Joaquín  
 Maradona Clemente  
 Martín Gaspar  
 Matharán Luis  
 Manriño Elena  
 Meletta Dominga C.  
 Melgar María E.  
 Mendilaharsu Arturo  
 Merlini Enrique  
 Moran Celia  
 Moyano Osmán  
 Nieto Arana M. E.  
 Olivera Dagaer  
 Pariente Celestina  
 Paul Hevia  
 Paulsen Ema L.

Pelosi Antonio  
 Peralta Santiago  
 Pessolano Ventura  
 Piccolo Josefina  
 Piñero José R.  
 Probst Juan  
 Puig Arturo  
 Rachoulet Magdalena  
 Ramírez Clotilde  
 Ravnigani Emilio  
 Reydó Ruth Raquel  
 Rivero Duffy Valentina  
 Rodríguez Ernesto  
 Rodríguez Inés M. de  
 Rodríguez Rafael  
 Rohde Jorge M.  
 Romariz Elizalde Alberto  
 Roncoroni Ana

Sáenz Samaniego Agustín  
 Saint Martín Ernestina  
 Salthú María I.  
 Sanguinetti Angélica  
 Schneider Mauricio  
 Segafiero Josefina  
 Sejeán José  
 Sobelo Ernestina J.  
 Soubié Emilia  
 Suárez Anzorena Carlos  
 Suárez Elena  
 Susini Jorge  
 Susini Sara  
 Tacchi Aurelia  
 Valerga Ricardo  
 Varela Luisa  
 Veyga Francisco de (hijo)  
 Viacava Juan  
 Viacava Zulema  
 Villamil César A.  
 Villar Lydia  
 Villegas María Alcira  
 Wien Brunhilda  
 Wilson Josefina

---

# INGLES

En Mayo inauguración cursos preparatorios de examen  
**INGRESO Filosofía y Letras.**

**MÉTODO INTUITIVO. Victoria 1406.**